

## EDITORIAL

Con este primer envío de nuestra revista en lo que va del nuevo milenio, saludamos fraternalmente a la Vida Religiosa del continente, deseándole el entusiasmo y la convicción de fe necesarios para emprender esta gran aventura del camino de Emaús. Como cada uno lo sabe ya, este año 2001 está dedicado a la primera etapa de nuestro proceso que corresponde al ver. Durante todo este año estaremos dialogando, escuchando, rezando y visitándonos, inspirados por el itinerario de los discípulos de Emaús.

En esta edición abordaremos, de diversas maneras, la primera fase de la propuesta del año, correspondiendo a la reflexión algo desencantada de los discípulos yéndose de Jerusalén. En la parte central, dedicada a la teología, continuamos con el quinto capítulo de la reflexión de Simón Pedro Arnold, osb. sobre la relectura de los votos, con el título «Reaprender a vivir». Además, acogemos una reflexión de Consuelo del Prado, op. sobre los riesgos del seguimiento de Jesús. Un artículo de Diego Irarrazaval, sc. evoca las flores y espinas de la teología latinoamericana actual, en la línea de las esperanzas y desencantos de nuestro camino de Emaús en el continente. Finalmente, Simón Pedro Arnold presenta una meditación informal sobre Emaús como guía en la formación de los jóvenes religiosos y religiosas.

Con este número, inauguramos una nueva sección de nuestra revista titulada «Cómo nos ven» dedicada a una mirada externa sobre la Vida religiosa. Para este número hemos escogido un texto, de una laica comprometida en el Proyecto El Educador Líder de América, la educadora uruguaya, Rosa Ramos. En la sección Vida Religiosa, proponemos un texto de la hermana Lucrecia Aliaga ssj, en forma de meditación, sobre la evolución de la imagen de lo femenino en la Vida Religiosa.

En esta edición inauguramos también dos nuevas rúbricas. La primera, titulada «Ventana abierta», a cargo de Ángel Darío Carrero ofm. Propondrá regularmente miradas poéticas, místicas y artísticas sobre nuestra realidad. Por otra parte, el equipo de lectura pastoral de la Biblia que dirige José Mizzoti nos propondrá cada dos meses una pequeña exégesis de Emaús desde varios ángulos. Esta rúbrica se titula «Caminos de Escritura».

Finalmente, como de costumbre, la revista ofrece documentos e informes sobre la Vida Religiosa en el continente.

Buena lectura. Que Dios inspire a cada comunidad en su itinerario propio de vuelta a los fundamentos de su compromiso.

Simón Pedro Arnold, osb.  
Director de redacción

## REFLEXIÓN TEOLÓGICA

### EL RIESGO DE JESUCRISTO REAPRENDER A VIVIR.

Simón Pedro Arnold, osb.  
Teólogo de la CLAR

Después de haber intentado interrogar las del discurso sobre los votos para proponer nuevas pistas y formulaciones del misterio de nuestra consagración, me propongo aquí retornar a la fuente de toda vocación cristiana, el Evangelio, para reencontrar en Él este arte de vivir plenamente que constituye la Buena Noticia de Jesucristo. En efecto, la pregunta más apremiante para nosotros concierne nuestra fidelidad a la vida según el camino evangélico. Si nuestra opción religiosa no es una alternativa de felicidad, un arte convincente de vivir felices, se transforma en una caricatura insoportable.

#### **Retorno a la espontaneidad evangélica.**

Para los primeros discípulos, la llamada fue una sorpresa total. Nada en su ambiente religioso y social podía dejar prever que Jesús pasaría por sus vidas cambiando completamente sus planes. Incluso, si creemos al evangelista Lucas, Pedro, Andrés y los hijos de Zebedeo no atendían las palabras de Jesús. Este hablaba a la muchedumbre mientras ellos estaban arreglando sus redes. Una simple necesidad práctica (utilizar la barca como tribuna desde la orilla) les dio la oportunidad de verse acercados por el maestro. Esta sorpresa absoluta del llamado es hoy una experiencia bien difícil, especialmente en contexto de cristiandad, como es el caso de la mayoría de nuestros países latinoamericanos. Para nuestros conciudadanos la Vida Religiosa y la vida sacerdotal son propuestas sociológicas bien ubicadas en el contexto global, como los policías o los médicos. Sin embargo, esta sorpresa es la condición de la conversión radical que implica el encuentro con Jesús. En cambio, la gran visibilidad y el prestigio de los modelos de consagración hacen de ellos referencias llenas de prejuicios en el imaginario y el inconsciente colectivo. Volver a experimentar a Jesús como sorpresa y trastorno de las referencias sociológicas es hoy un desafío que supondría una vuelta al anonimato de las formas de vida religiosa existentes.

Si consideramos la sorpresa de Dios como condición de una verdadera vocación religiosa, nos urge volver a lo que llamaría una santa ignorancia. Del mismo modo que los apóstoles ignoraban todo de este Nazareno y de su manera original de proponerles un camino de compromiso, nos convendría una disciplina del olvido del imaginario cultural de cristiandad. ¿No sería necesario, de alguna manera, desprogramar este imaginario, borrar las referencias para volver al desierto del evangelio? En este sentido, el discreto maremoto de la postmodernidad que reduce la imaginación religiosa a los flashes publicitarios de la televisión es una buena noticia. El paganismo latente y la ignorancia profunda de las categorías religiosas tradicionales en la juventud urbana postmoderna es el terreno privilegiado de la sorpresa evangélica. Más que los parques bien marcados de la pastoral vocacional tradicional, la cultura juvenil urbana es favorable para el pedido de Jesús de prestar la barca. Santa ignorancia, disciplina del olvido y borrado del diskette del imaginario cristiano asustan, en un primer momento, a los que están preocupados por la continuidad y el reclutamiento. Sin embargo, aparecen cada vez más como la condición de lo que, más tarde, llamaré la necesaria reevangelización de la Vida Consagrada.

Lo que está en juego detrás de esta doble exigencia de sorpresa evangélica y de ignorancia santa, es el carácter de nuestra experiencia de Dios. Hay que volver a plantear nuestra opción de vida como una simple vida bautismal tomada en serio. Los consagrados no pretenden otra cosa que vivir simplemente ante Dios como bautizados. En otras palabras, se trata de volver al arte de adorar en Espíritu y Verdad como lo proponía Jesús a la samaritana. Todo lo que obstaculiza, oculta o impide este arte de vivir en las formas de nuestra Vida Consagrada, debe ser cuestionado en nombre del mismo evangelio.

Es precisamente el arte de vivir evangélicamente que quisiéramos explorar en los párrafos siguientes. Refundar la Vida Religiosa implica reaprender a vivir de manera plenamente humana, plenamente evangélica y plenamente consagrada, lo cual supone un largo proceso de sanación, de evangelización y de consagración de nuestras costumbres y de nuestros modos de vivir.

### **Una vida plenamente humana.**

La condición principal de credibilidad de nuestra propuesta es su carácter plenamente humano. Si nuestra vida no es más humana y más feliz, no tiene interés en un mundo en búsqueda de armonía ante todo. Dicha exigencia nos impone replantearnos lo humano en todas sus dimensiones y preguntarnos si no somos deshumanizados y hasta, a veces, inhumanos en nombre de los dogmas de la Vida Consagrada.

Un primer aspecto de esta humanidad de nuestra vida concierne el realismo. Una vida plenamente humana obliga a confrontarse valientemente con la realidad en mí, en mi entorno, en el otro y en el mundo. Al revés, es inhumano, en este sentido, toda huida y todo proceso de ocultamiento de lo real. Cuantos infantilismos piadosos en nuestras comunidades, justificados ideológicamente, y que son traiciones del deber de ser simplemente humanos.

En esta línea del realismo, es de primera importancia acoger el riesgo de los sentimientos y de las relaciones. Urge interrogar el funcionamiento de nuestras relaciones para preguntarnos si asumen los riesgos afectivos de los humanos, tanto en lo positivo como en lo negativo. Acoger sin temor y sin juicio la realidad de los sentimientos en y entre las personas es una condición para humanizar nuestra vida comunitaria.

Entre los sentimientos reasumidos, tiene un espacio primordial el aprendizaje de la conflictividad, inherente a la experiencia de las diferencias. Bajo sus aspectos diversos de clases, culturas, géneros, caracteres etc., la conflictividad es una escuela de fraternidad fuera de la cual nuestra experiencia colectiva es artificial y acaba por desmoronarse en acontecimientos no asumidos, no comprendidos y no aceptados del todo. Esta experiencia es particularmente esencial en las relaciones de obediencia y subordinación. La conflictividad, lejos de ser vista como una indisciplina, es la materia prima de una solidaridad adulta y asumida recíprocamente en la responsabilidad comunitaria.

Para que nuestra Vida Consagrada recobre plenamente su profundidad humana, es necesario también devolverle su carácter de combate. Toda vida humana es un combate permanente con las exigencias materiales, espirituales y hasta metafísicas de nuestra misteriosa aventura terrena. Una Vida Religiosa que busca evitar las preguntas, las crisis y los retos del combate humano, repudia simplemente la cruz de Cristo. Me preocupa, en este sentido, el terrible contraste entre las condiciones materiales, intelectuales y afectivas de la vida de los pobres, de donde provienen la gran mayoría de los religiosos y religiosas jóvenes de nuestro continente, y los modos suavizados y exquisitos de vida de nuestras comunidades, sin preocupación más allá del ombligo individual, relacional y hasta del alma. Una Vida Religiosa que reanude con la simple ascesis, el rigor de la realidad como combate, es un requisito esencial de la refundación. Hasta nuestra experiencia de Dios debe apartarse de sus acomodamientos sentimentalistas para volver a la austeridad del combate de Jacob.

En esta misma lógica, debemos denunciar todos los procedimientos sutiles de evitamiento del fracaso y de adquisición demasiado fácil del éxito. En una sociedad tan cruel como la latinoamericana postmoderna y neoliberal, hay que formar a la capacidad de acoger y asumir el fracaso aún injusto y inmerecido. Del mismo modo es de suma importancia no hacer de la Vida Religiosa un anzuelo para un Éxito barato, que se trate del Éxito material, académico, de prestigio, de poder y hasta religioso en el sentido de la ilusión de santidad sin esfuerzo.

A través de todas estas exigencias, se adivinará que el reto es la seriedad y credibilidad humana de nuestra propuesta y de nuestras opciones. Devolver o mejorar la de nuestra Vida Religiosa

implica, lo sabemos, un largo proceso de sanación de lo deshumanizante, de lo inhumano, de lo infantilizante, en el sentido de seguridades poco adultas que todavía subsisten o que, incluso, se acumula con el tiempo en nuestras comunidades. Esta sanación abarca la seriedad de nuestro trabajo, de nuestras relaciones de nuestra espiritualidad, de nuestra misión, de nuestra gestión económica y de nuestra solidaridad con la sociedad y la Iglesia que nos rodean.

### **Una vida plenamente cristiana**

Sin pretender distinguir ni separar estrictamente lo humano de lo cristiano, existe, sin embargo, una manera específicamente cristiana de ser humanos. Si nuestra vida religiosa no es humana no podemos pretender que sea digna del evangelio, es decir: cristiana. Pero tampoco podemos contentarnos con un simple humanismo pagano. Jesús ya cuestionaba a sus contemporáneos por no ser diferentes de los paganos en esto que sólo amaban a sus amigos o prestaban a aquellos de quienes esperaban recibir. También Pablo, en la carta a los romanos, afirmaba que un pagano, cumpliendo la Ley sin conocerla, es mejor que un judío que no la cumple a pesar de conocerla. Así también nosotros, podríamos interrogarnos sobre la coherencia evangélica de nuestra vida, comparada con la vivencia moral y espiritual de nuestra gente y, más aún, sobre la entre los comportamientos de este mundo, que tan fácilmente criticamos, y los nuestros. A pesar de nuestras declaraciones rimbombantes y de nuestras exigencias para con la misma gente a quien acompañamos en nuestra pastoral, ¿podríamos negar totalmente afirmaciones burlonas como el conocido dicho: o, peor: va de la castidad como de la pobreza...?

La primera interpelación que lanza el evangelio a la Vida religiosa es la de su conformidad a lo que llamaría el vuelco de las Bienaventuranzas. ¿En qué medida nuestra búsqueda de felicidad tiene su inspiración en el modelo del evangelio? Hablo de vuelco porque la propuesta de Jesús quiere apostar por una dicha desde las carencias compartidas y de la verdadera comunión con el otro. El cristiano es alguien que opta por acoger sus carencias como oportunidad de invitar al otro al banquete de su vida y deja, a la vez, desbordar de sí mismo todo lo que es y tiene sin calcular ni limitar el movimiento de su generosidad.

Este vuelco de las Bienaventuranzas supone que toda nuestra vida sea una permanente dinámica de conversión. Como lo señalé en el capítulo anterior de esta reflexión, los monjes, desde su origen, profesan la conversión de costumbres. La vida cristiana en su conjunto se caracteriza por su constante inacabamiento, por estar en perpetuo proceso de transformación, de evangelización. Cabe preguntarnos si la Vida Religiosa pretendiendo dedicarse exclusivamente a esta evangelización por conversión permanente de sus propios miembros, no da, más bien, muchas veces, la imagen de un estancamiento, de una pretensión de perfección humana ya lograda, de un acomodamiento sutil a los valores mundanos. Refundar implica, por lo tanto, ponerse en movimiento constante y exponerse al cuestionamiento desde todos los ángulos del acontecer humano.

En el mundo herido y agredido en el que nos toca vivir, la conversión de nuestras costumbres tiene como fin más noble la reconciliación. Pues, la verdadera conversión evangélica sólo se puede averiguar en el cambio de nuestras relaciones. Nuestras comunidades, si son familias de convertidos, tienen que ser, ante todo, crisol y talleres de reconciliación. No se trata de quedarse a un nivel piadoso de declaraciones fáciles. La reconciliación es una opción de vida una apuesta y un trabajo austero. Nos urge dedicar nuestras mejores energías a la reconstrucción permanente de las redes humanas interrumpidas o rotas. En esta medida cuantos prejuicios de clase, de ideología y de sensibilidades paralizan nuestras comunidades en esta tarea fundamental, tanto en nuestras redes internas como externas de relaciones. Cabe preguntarnos si somos tejedores de humanidad o bloqueadores de lo nuevo que el Evangelio hace acontecer entre los hombres y mujeres. ¿No seríamos, a veces, como estos clanes de la primera comunidad de Corinto que se dividían entre partidos de Pablo, de Apolo o de Cefas, impidiendo así que la comunidad sea de Cristo? O, por el contrario, ¿somos de la raza de , donde Jesús propone a la mujer samaritana una religión en espíritu y verdad más allá de la polémica entre los cerros sagrados de Jerusalén y Samaria? En estos tiempos tan dramáticos y tan sublimes a la vez, la reconciliación en el debate y la confrontación abierta es la

responsabilidad más urgente de la Iglesia. Si nuestras comunidades se dedican más a defender las ideologías que dividen que al diálogo de diferencias y a la escucha benevolente del diferente, cometen un pecado histórico gravísimo, aún si lo hacen inconscientemente y con las mejores intenciones. Pues si el evangelio, una vez más, como tantas veces en la historia, se ve distorsionado por nosotros, sus seguidores, a punto de transformarlo en lugar de división y de violencia, tendremos que dar cuenta en el juicio.

Finalmente, una vida plenamente cristiana implica una experiencia comunitaria intensa en pueblo de Dios. No podemos ser verdaderamente cristianos si nos despreocupamos de la Iglesia en su conjunto y construimos nuestras comunidades religiosas como islas o fortalezas aisladas. La Vida Religiosa solo tiene sentido como parte modesta integrada y específica del pueblo de Dios. La eclesialidad tal como la hemos descrito en otras partes, es la meta de la Vida Religiosa. Si nos justificamos por nosotros mismos y nos contentamos con nuestros carismas, somos infieles a nuestra vocación. Iría hasta decir que el bien del pueblo de Dios es más importante y más urgente para la vida religiosa que el cumplimiento estrecho de sus tareas específicas y carismáticas. No somos franco tiradores ni de la Iglesia sino sus más humildes y apasionados servidores. La eclesialidad de la Vida Religiosa supone entonces dejar de lado todo reflejo sectario o partidista para sentir, sufrir y amar con toda la Iglesia, diocesana, laical, y con la Iglesia universal en su inmensa y compleja diversidad. Así mismo, desde este sentido eclesial, y por nuestra vocación fronteriza que tantas veces hemos recordado, la Vida Religiosa es ecuménica por vocación. Nuestra fidelidad filial y adulta al magisterio no debe limitar nuestra audacia de apertura al otro. Junto con toda la Iglesia, salimos al encuentro de la oveja extraviada, visitamos al centurión Cornelio y admiramos a la sirofenicia o al centurión piadoso.

Estas cuatro dimensiones que acabamos de comentar, la conformidad a las bienaventuranzas, el camino de conversión, el reto de la reconciliación y la urgencia de un testimonio comunitario y de eclesialidad en el pueblo de Dios, es lo que me lleva a pensar que nuestra Vida Consagrada necesita ser reevangelizada. Si en el párrafo anterior hablábamos de una sanación de humanidad para la Vida religiosa, pensamos también que necesitamos de un reencuentro purificador y liberador con los fundamentos del evangelio.

### **Una vida plenamente consagrada.**

Recién después de haber revisado los fundamentos humanos y cristianos de nuestra Vida Religiosa, podremos, entonces, volver a hablar de consagración. En nuestro capítulo anterior, sugerimos volver al sentido del verbo consagrar. Es urgente dejar de lado una concepción de la consagración como separación pasiva o como lugar aparte en el mundo y la Iglesia. La consagración es una tarea y un proceso permanentes. Veamos como podemos, en estos tiempos de refundación, la Vida Religiosa. Veamos enseguida las diferentes dimensiones de esta consagración transitiva.

Volvemos a plantear, primero, el carácter esencialmente contemplativo de toda la Vida Religiosa. La razón de ser de nuestra opción de vida es Dios y sólo él. Una Vida Religiosa que pierde su filo contemplativo, que no reza o lo hace de manera puramente institucional y rutinaria se vuelve una triste y absurda caricatura. Nuestra elección de la castidad, del compartir de los bienes y de la obediencia se vuelve hasta monstruosa si no se sustenta en la frecuentación cariñosa y apasionada del Señor. No es de asombrarse, además, que un religioso o una religiosa que ha perdido el de Dios, sufre horrores para dar sentido a su vida o, simplemente, entra en un proceso de doble vida y de acomodamientos más o menos graves de sus compromisos. Es imposible ser fiel sin la intimidad con Dios y, además, no tendría mucho sentido tampoco. Me preocupa, en este sentido, la pobreza, la escasez del alimento espiritual de muchos religiosos y religiosas que se contentan con cosas superficiales, ligeras y casi nunca renovadas. O, por el contrario, me impresiona la inquietud frenética de otros por experimentar la última novedad en materia espiritual, sin jamás darse el tiempo de profundizar. Urge, en este tiempo tan difícil y desafiante, forjar personalidades espirituales sólidas y felices, nutridas con alimentos sustanciosos y no con la lechecita de los recién nacidos. El mundo espera y reclama hombres y mujeres de Dios que hagan creíble el itinerario de Jesús. Muchas veces no encuentran entre

nosotros más que personalidades frágiles, conformistas y poco adultas en la fe. Hay que repensar fundamentalmente la dimensión netamente contemplativa de la vivencia de nuestras comunidades.

Como lo planteamos al hablar de una vida plenamente cristiana, la Vida Religiosa tiene como responsabilidad primordial la reconciliación por la conversión de costumbres. Esta reconciliación personal, comunitaria y social es, para nosotros, lugar privilegiado de consagración. Estamos consagrados a la sanación de las relaciones. El discípulo de Jesús es alguien que hace la paz consigo mismo y con los demás al reencontrarse con su vocación de hijo y de hija, es decir: por la conciencia de una verdadera fraternidad. El artesano de paz es aquel que, dejando de lado las actitudes de esclavo, asume su dignidad filial en la libertad y su responsabilidad de hermano, de tal manera que se dedica por entero a la paz y a la reconciliación por la cual Él mismo ha sido rescatado por la cruz de Cristo. El taller de esta consagración específica a la paz es la vida comunitaria y el reto diario del diálogo fraterno, tanto dentro como fuera de la comunidad. Es tan importante esta responsabilidad de paz en el mundo y la Iglesia de hoy que vale la pena revisar nuestras actitudes y prácticas en este campo para preguntarnos si nuestro testimonio está a la altura de la situación a la que nos toca consagrarnos.

San Benito habla de la Vida Consagrada como una escuela del servicio divino, no sólo por la liturgia y la oración, sino por la atención a Cristo en el hermano, especialmente los más necesitados. La dimensión contemplativa de nuestra consagración se prolonga, así, en el ámbito social. La liturgia del amor se celebra a diario en el servicio humilde, el rito concreto del lavatorio de los pies. Si todos los cristianos son servidores, nosotros los religiosos y las religiosas pretendemos dedicarnos a esta responsabilidad a - tiempo - completo. Y sabemos que, para nuestra gente, este rasgo de nuestro testimonio es el mejor comprendido y el más aprovechado. No hay hora para llamar a la puerta de nuestras casas religiosas. Saben que es la casa de Dios, por lo tanto la casa de todos, día y noche. Esta dimensión de nuestra consagración es la más gratificante y, a la vez, la más onerosa puesto que nos quita hasta los últimos rincones del egoísmo y a veces, incluso, de la privacidad. Pero fue ya el caso de Jesús y sus discípulos que no tenían ni tiempo para comer y a quienes el pueblo alcanzaba, aún cuando pretendían escapar para descansar un rato aparte. En este sentido, los pobres son nuestros maestros a quienes hemos venido a servir.

Esta consagración al servicio nos interroga, sin embargo, en cuanto a nuestros estilos de servicio. Aquí se infiltra tan fácilmente el activismo, la preocupación por la eficacia y la angustia por salvar al mundo entero. A la manera de Jesús, sabemos que . Por lo tanto nuestra consagración a ellos no significa tanto cosas por ellos sino acompañarlos y responder desde nuestras limitaciones a sus gritos y solicitudes. Siempre en la línea contemplativa que adoptamos para entender nuestra consagración, el servicio es ante todo, acogida y atención cariñosa al otro en su verdadera necesidad de Dios y de dignidad, tal como intenta expresarla y no tanto como la imaginamos por Él.

Finalmente, a través de la contemplación, de la paz y del servicio, nuestra Vida Consagrada está dedicada al anuncio. La dimensión misionera de la consagración religiosa no es primero la enseñanza de la fe sino, a través del testimonio, la manifestación indudable de la presencia salvadora de Cristo en el mundo. Nuestra toma de palabra debe siempre ser segunda respecto al testimonio de vida. Como dice san Pedro , debemos estar siempre dispuestos a dar cuenta de nuestra fe. Este implica que se nos lo pida a partir del interrogante que constituye nuestra vida para nuestros compañeros de ruta en el mundo. Si no te interrogan porque tu vida no cuestiona, ¿qué valor tendrá tu toma de palabra? ¡Si tú mismo tomas la iniciativa de dar cuenta de tu fe sin que tu vida, previamente la haya manifestado tu palabra es un discurso ideológico más sin relevancia vital! San Benito, una vez más, recomienda que el monje hable sólo cuando se le interroga. Esta recomendación, me parece, vale también, de alguna manera, para el Kerigma del misionero y la enseñanza del pastor. Tu vida tiene que hablar tan fuerte que lleve a los testigos a pedir explicaciones así como los interlocutores interrogaban a Jesús, tanto sus adversarios como sus amigos. La misión como toma de palabra es una respuesta a una pregunta suscitada por la misión como testimonio. Es en este sentido que pretendemos unir

contemplación, reconciliación y servicio al Kerigma al que nos consagramos. De alguna manera todas las dimensiones de nuestra consagración son el anuncio. La toma de palabra explícita no es más que la confirmación del Kerigma implícito de nuestra vida entregada.

Por otra parte, esta consagración al anuncio no implica solamente el discurso o el testimonio explícitamente religioso. Se inserta en la historia con sus aspectos sociales, políticos, económicos y culturales. Somos ciudadanos del mundo antes de ser ciudadanos del cielo y es dentro de nuestro compromiso histórico que se vislumbra nuestra opción por el Reino.

De la misma manera que proponíamos sanar y reevangelizar la Vida Religiosa pensamos que la refundación consiste también en una reconsagración transitiva de nuestra vida a la dinámica del Reino, rompiendo con claridad con las tendencias a la privatización de la Vida Religiosa y a la búsqueda sutil de seguridades de toda índole.

(sigue).

### **Preguntas para el diálogo comunitario**

1- Les invito a compartir con sencillez la sorpresa de Cristo en los comienzos de su aventura religiosa. ¿Qué queda hoy de esta sorpresa, de esta de los comienzos? Y ¿cómo recuperarlas?

2- Evalúen el grado de o de de sus estilos de vida comunitaria o de sus relaciones con la gente y pregúntense cómo los ven y cómo cambiar esta situación, tanto dentro como fuera de la comunidad.

3-Confrontemos con sinceridad nuestra vida comunitaria y personal con las exigencias de las bienaventuranzas y preguntémonos como corregir las asimilaciones mundanas inconscientes de nuestra vida.

4- ¿Cómo entendemos el carácter transitivo de nuestra consagración? Aclarar y compartir ejemplos.

5-Retomar las cuatro dimensiones de esta consagración transitiva para evaluar nuestra realidad.

## **SE LES ABRIERON LOS OJOS** (Lc. 24, 13-35)

Consuelo de Prado Sánchez, op.

El relato de Emaús podría originalmente formar parte de una serie de relatos en los que Cristo se aparece en la persona de los predicadores itinerantes(1) . Posteriormente el texto lucano parece haber sido influido por la liturgia eucarística y conservando el mismo orden de esta lectura, explicación de las escrituras y fracción del pan(2).

### **El escándalo de la cruz**

El relato nos presenta a dos discípulos haciendo un camino de regreso, arrastrando el alma decepcionada. El escándalo de la cruz provocó en su conciencia, que seguía siendo judía, una profunda crisis de fe. Así nos lo muestra el diálogo del camino. Después de la larga convivencia con el maestro los discípulos habían interpretado mal su mensaje, estaban sin descubrir el significado definitivo de la vida y muerte de Jesús. Se habían quedado en su condición de mesías terreno, no dieron el paso a creer en su divinidad, no llegaron a captar que el camino del Cristo comprendía la cruz y que el sufrimiento era paso obligado para entrar en la gloria.

El encuentro tiene lugar al caer de la tarde. Esta alusión al momento del día evoca ante nosotros el contraste luz - tinieblas, imagen frecuente para referirse a la confrontación entre la incredulidad y la fe. A pesar de que habían caminado con la Luz, la noche se les echaba encima a Cleofás y a su compañero, sin reconocer al Señor. Conservan sí, la hospitalidad humana abierta a la acogida del compañero de camino. Este removerá sus dudas y les traerá a la memoria aspectos fundamentales de las escrituras. Recurrirá además a un gesto convivial conocido que se convierte ahora en clave de interpretación creyente.

Los lentos de entendimiento fueron sacudidos por la palabra y el gesto del Señor Jesús. Y se les abrieron los ojos. Con esta interpretación, poco frecuente en el Nuevo Testamento, alude Lucas en su Evangelio y en Hechos, a un conocimiento más profundo de la revelación. A partir de la reorientación radical de la mirada que supone la toma de conciencia de haber sido llevados al Encuentro con el Resucitado, la historia de los discípulos del Señor cambiará de clave.

Estamos, en efecto, ante una parábola del encuentro personal con el Señor Jesús que describe un proceso repetido muchas veces entre discípulos / as que a lo largo de la historia han seguido al Resucitado. Nos resulta sugerente que Lucas haya elegido la imagen del camino para este relato; probablemente el término evocaba el lenguaje de la misión, y quizás también nos remite a la autodefinición que en los Hechos se daba la comunidad cristiana. Todo ello adquiere hoy connotaciones particulares para nosotros.

La ubicación geográfica de Emaús es discutida entre los estudiosos del mundo bíblico, imprecisión que puede resultarnos sugerente: Emaús vendría a significar cualquier situación en la que busquemos replegarnos, escapando a las exigencias de la cruz.

### **Actualización de la parábola:**

Los religiosos / as que hemos caminado largos años junto al pueblo, acompañando la lenta marcha de las comunidades cristianas de América Latina, que hemos dedicado lo mejor de nuestras vidas a seguir a Jesús en el empeño de hacernos cada vez más cristianos junto con nuestros hermanos y hermanas, nos ponemos a evaluar en este fin de milenio el proceso vivido, como personas y como institución, en el largo período postconciliar. Y con mucho realismo, hemos de reconocer que en momento actual, más de una vez, sentimos languidecer nuestras pequeñas utopías y con ellas muchas veces nuestra gran esperanza.

La fragilidad de los trabajos pastorales, la experiencia de nuestra propia debilidad personal, el fracaso de algunas reformas institucionales, el retroceso de algunas comunidades parroquiales a consecuencia de un premeditado cambio de párroco, la involución escandalosa que trata de poner barreras al espíritu, el ambiguo resultado de nuestros mejores empeños de servicio evangelizador, etc. nos han sumido más de una vez en sentimientos de angustia y fracaso. Se ha visto minado el entusiasmo misionero de la primera hora de seguimiento con el que ingenuamente creíamos que podríamos correr con los grupos que acompañábamos tan lejos como proyectáramos en una buena planificación pastoral.

Y cuando hemos buscado hacer un alto en el camino, lejos de nuestra comunidad cristiana, más de una vez hemos topado en el desierto cultural al que nos arrastra la modernidad, con cuestionamientos que ponen a prueba los fundamentos últimos de nuestra fe. La tentación de la desesperanza puede enmascararse con apariencias de modernidad: pasaron los años del empuje profético, las grandes utopías han quedado desfasadas y un sano realismo nos empuja a conformarnos con la imagen que nos vende el nuevo contexto cultural.

A veces logramos identificar los desafíos nuevos a los que debemos responder desde la fe, pero la conciencia de su gravedad no logra sacarnos de los sentimientos de impotencia, antes muchas veces nos empuja hacia un nocivo repliegue en busca de seguridad tranquila. También en esa escapada encontramos como compañeras las orientaciones arrulladoras de pretendidos maestros espirituales. Las dificultades y complicaciones que acompañan el proyecto de seguir al Señor Jesús, cargando con la cruz de nuestros hermanos más pobres, pueden ponernos a prueba y mostrar con evidencia la fragilidad de nuestra fe.

Hemos intentado seriamente seguir al Señor Jesús por caminos de compromiso y de inserción en el mundo de la pobreza, hemos dado pasos que supusieron conversión de los corazones y de las estructuras de nuestra institución religiosa. Por el camino de una ética nueva y de unos valores exigentes que priorizan siempre la humanización del ser humano más despojado a toda otra exigencia de moralidad, hemos llegado a descubrir que así como es muerta una fe que no actúe por la caridad, es obsoleta una vida religiosa que no ponga la radicalidad del amor al hermano más pobre como primera exigencia de su radicalidad evangélica.

### **La necesidad del sufrimiento**

Aunque familiarizados con las causas solidarias, nos resultan desafiantes las palabras del Caminante del texto lucano, son palabras duras que no logramos asumir. Porque también nosotros somos ignorantes y torpes para entender el sentido que el sufrimiento pueda tener en nuestras vidas.

Moisés, los Profetas, las Escrituras, es decir, toda la tradición bíblica a la que hace referencia Lucas, son invocados para hacernos caer en la cuenta de la perspectiva en que debemos colocarnos para entender algo. Hay biblistas que nos recuerdan como el problema del sufrimiento hizo evolucionar y purificó la experiencia religiosa del pueblo creyente ya en el Antiguo testamento. En confrontación con el drama del sufrimiento inocente, se nos dice, el libro de Job empezó a considerar a Dios como Misterio trascendente y libre. En la línea de esa tradición, el texto de Lucas nos recuerda que el Señor Jesús nos revela a un Dios capaz de abajarse en el amor hasta sufrir en el otro, asumiendo la condición negativa de aquellos a quienes ama para salvarlos y transformarlos.

Colocados en esta perspectiva, podemos preguntarnos, con toda seriedad, qué le ha aportado a nuestra fe cristiana el intento de hacernos solidarios/as con las víctimas inocentes del continente. Quizás vislumbramos, a estas alturas de nuestra vida, la necesidad de una purificación mayor que nos lleve a ahondar nuestra experiencia creyente y no nos deje abatidos por el escándalo de la cruz.

Con todos los creyentes que a lo largo de la historia judeo - cristiana se han enfrentado a Dios a causa del sufrimiento, estamos llamados también nosotros/as a descubrir que, a pesar de su

aparente sinsentido, el sufrimiento no tiene capacidad para desfondar nuestra fe, aunque si pone en cuestión, en buena hora, las imágenes falsas que arrastramos de Dios. Puede depararnos un espacio privilegiado de ahondamiento de la fe, un auténtico lugar teológico, sustento del descubrimiento de una nueva imagen de Dios, imagen a la que no podemos acceder desde otras experiencias.

El sufrimiento nos coloca siempre en una encrucijada definitiva: o bien nos escandaliza hasta alejarnos de la fe, o nos permite descubrir a un Dios más próximo a nosotros revelado en el Misterio incomprensible de amor, trascendencia y libertad. El ser humano doliente ha llegado a ser interlocutor ineludible en nuestro seguimiento del Señor Jesús en América Latina. El problema del sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas modifica radicalmente nuestra experiencia cristiana y nuestra reflexión teológica.

En esta perspectiva nos ubica el texto de Lucas, preparándonos además, para reconocer y vivir el sentido profundo de la fracción del pan, cuerpo entregado y sangre derramada para la vida del mundo.

1- Cf.. Lc.10, 8-16; Gal. 4, 13-14; 2Cor. 20; Mt. 25, 31-46

2- Cf.. C. STUHLMUELLER, Evangelio según San Lucas. EN: Comentario Bíblico San Jerónimo, III. Madrid: 1972, p. 417.

3- Cf. J.R. BUSTO SAIZ. El sufrimiento ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina? . Madrid, Comillas, 1993.

**EMAÚS:  
UN CAMINO PEDAGÓGICO  
DE CONVERSIÓN  
(Lc. 24,13-35)**

**Bárbara Bucker, mc.**

En este texto de Lucas nos situamos en nuestras cuestiones vitales y como los discípulos del relato podemos dejar que haga eco en nuestras dudas y preguntas: ¿por qué Jesús Resucitado no se deja ver? ¿O nuestros ojos son incapaces de verlo? ¿Por qué tardamos tanto en comprenderlo? ¿Por qué nos cuesta tanto creer? Lucas nos va a enseñar que se hace necesaria una larga escucha de atención a la palabra, que es preciso aprender a acoger el don de la fe como regalo del propio Jesús, que tenemos que perseverar en el seguimiento y aprendizaje de su relación, que debemos demostrarle que necesitamos de su presencia y de lo mucho que tenemos que aprender de Él, en esta nueva relación de amistad e intimidad.

Dos discípulos se apartan de la comunidad y prosiguen tristes en un camino de desahogo y por qué no decir también, en un camino de desesperanza.. Un peregrino les pide permiso para participar de aquello que les aflige, porque lo que hablan en el diálogo del camino, más bien se parece a un monólogo donde el sufrimiento y la decepción, les disminuye su capacidad objetiva de percepción. La tristeza los abate profundamente. Jesús era bueno, pero fue vencido por la fuerza de decisión de aquellos que tienen poder. Como si la bondad, al final, no sirviese para nada, porque la verdad, lo que acaba teniendo importancia son las fuerzas de los poderes de este mundo que terminan venciendo. Muchos de estos sentimientos, no es raro que asfixien al corazón e imposibiliten otras visiones.

Jesús corrige, y confronta los hechos mal interpretados con las escrituras. El amor es la palabra definitiva de la historia, es lo que significa todo lo que tuvo que sufrir Jesús por cada uno de los hijos e hijas de este Padre Abba.

En la fracción del pan es reconocida la presencia del Resucitado, gesto característico del Reino del pan compartido. El peregrino desaparece y de nuevo la comunidad se transforma en paradigma para la vivencia de la fraternidad, donde se concentra el sentido del compartir todo lo que se es, en este compartir se da todo el sentido para continuar conviviendo.

Son tres los pasajes que deben ser pedagógicamente confrontados en el camino de la conversión: Los discípulos de Emaús pasan de la tristeza a la alegría; de la visión material a la espiritual; de la alegría individual a la alegría comunitaria.

### **Conversión de la tristeza a la alegría**

El Señor Resucitado viene a nuestro encuentro y entra en diálogo con nosotras/os a lo largo de los caminos, especialmente en los momentos de tristeza y de desánimo. El recurso pedagógico de Jesús, descrito por Lucas, al Jesús pedir a los discípulos que pongan en palabras su dolor, expresen sentimientos y dudas, hasta sorprenderse frente a los hechos que no se pueden definitivamente mudar, es un modo de hacer que ellos traigan a la conciencia su sentir y expresen lo que les ocurre, como algo que importa a Jesús y le interesa sobremedida. La oración es para nosotros un modo de ese vivenciar, despejar y hacer catarsis confiadamente en el corazón del Señor sobre todo lo que nos aflige.

La larga catequesis de Jesús con ellos, después expresar las causas de la tristeza que los consumía, en un segundo momento, los discípulos, van a oír la larga interpretación de la vida, de la muerte y de la gloria de Jesús, «el Nazareno», en la «necesidad» de los acontecimientos que son dolorosos en la historia de todos los seres humanos.

La tristeza es piedra de tropiezo en la trayectoria de la victoria de los designios de Dios en la historia. Jesús asume en sí y por medio de su martirio, la posibilidad humana de salir vencedor del mal que aplasta el camino de la felicidad, como vocación a ser realizada con el poder y la gracia de Dios. Jesús peregrino, es la memoria presente de tantos que pasando por nuestras vidas ejercen el ministerio del testimonio de la esperanza cristiana apuntando más lejos y más allá de nuestro entendimiento inmediato de los hechos, al sentido último de la vida y de todo sufrimiento.

La conversión de la tristeza a la alegría, significa que no vamos a cambiar los hechos de acuerdo con nuestros criterios de interpretación, sino que somos nosotras/os que vamos a avanzar por medio de otro modo de comprender, que es posible sobrepasar en la aceptación del misterioso designio de la extrema bondad del Señor, revelado para cada una y cada uno de nosotras/os, en la individualidad de la historia personal, en las exigencias de superación, de aquellas cosas que nos amedrentan, paralizan e impiden vivir.

Esta alegría significa dejarse tomar por la convicción de que todo tendrá su conclusión en un final bueno, de que todo será seguro, en la certeza de la bondad de todas las cosas desde la perspectiva de Dios. El mismo será nuestra alegría que no habrá de conocer fin, El mismo será nuestra total libertad en la confianza del amor.

Cuando los hechos evidencien un horizonte sin perspectiva y sin posibilidad de cualquier espera, es cuando llega el momento de Dios y de su Gracia.

Somos invitadas/os a la vivencia de esta larga escucha de la Palabra, a agradecer y pedir la gracia de experimentar a Jesús en su «misión de consolador. Nos cuesta comprender que el sufrimiento vivido en la fidelidad y en la obediencia al Padre, hasta la muerte, si fuera preciso, nos libera de la muerte y nos abre las puertas de la gloria, de la comunión eterna con Dios. Sólo la gracia de Dios nos puede hacer ver que el camino seguido por Jesús es el camino del programa del Reino y que tenemos que seguirlo por ese mismo camino si queremos ser como los discípulos de Emaús, verdaderas/os discípulas/os del Resucitado.

### **Conversión de una mirada material a una mirada espiritual**

La aparente derrota del bien, la fuerza del poder del mal que destruye y obstaculiza el crecimiento del bien, la sensación de que al final es el poder que vence, habla de un modo de ver común a los humanos.

El pueblo de Israel se quedó dividido delante de Jesús: « El será una señal de contradicción y causa de división para muchos». Para unos, Jesús «era un profeta poderoso en obras y palabras, delante de Dios y de todo el pueblo». Para la clase sacerdotal y los jefes, Jesús era un impostor y blasfemo y, por eso, «lo entregaron para ser condenado a muerte y crucificado».

El final de Jesús, su condenación y crucifixión, como un maldito, y entre los malhechores, significó el final de las esperanzas de los discípulos de Emaús. Este hecho le daba la confirmación de que Jesús no era el Mesías, por el contrario Dios no tendría que haber permitido que sufriera tanto.

Sólo Jesús es el «hermeneuta» capaz de explicarnos y hacernos comprender todo lo que aconteció con El y que a nuestra visión limitada y miope es inexplicable e incomprensible. Perdemos la esperanza cuando las cosas no acontecen como habíamos esperado o soñado dentro de los límites estrechos de nuestra visión de los acontecimientos. Por eso precisamos que el Señor de la historia la interprete para nosotros. Sólo El puede hacernos ver que ningún acontecimiento, ni siquiera el sufrimiento de la muerte de sus siervos, escapa al designio salvífico de Dios, a su amor indestructible. Sólo el Mesías puede abrir nuestros ojos para comprender los caminos de la salvación abiertos por El mismo. Y una vez abiertos, no existe

más noche para los que creen en su Palabra y en su presencia; Palabra y presencia que nos son dadas como novedad de cada día.

El ver espiritual, no es resultado de las cualidades humanas, sino de la intervención de su don como un regalo de su presencia y sentido, que los recursos puramente humanos no nos pueden dar.

Aquí, tenemos que agradecer al Señor, por todas las personas que nos ayudan en las dificultades de nuestro itinerario espiritual, dándonos los elementos para discernir el sentido de Dios, en la ausencia de las evidencias humanas e interesándose por nuestros problemas.

Reconocer también, que no siempre nos disponemos a oír y ser ayuda para los tristes y desolados que encontramos en nuestro camino.

Con María, que guardaba todo en su corazón, ponderando, comparando, meditando y buscando el sentido de las palabras y de los acontecimientos relativos a Jesús, para penetrar en su misterio hacemos el camino, mirando con el corazón.

### **Conversión de la alegría individual a la alegría comunitaria**

La amistad, la comunión y las confidencias con el desconocido se tornan tan profundas que los discípulos no quieren perder su compañía y lo invitan para que se quede con ellos; es el primer movimiento en dirección de lo relacional como factor constitutivo de pertenencia comunitaria. Pertenece también al dinamismo de la amistad querer prolongar y profundizar el diálogo, continuar oyendo la voz del amigo. Ofrecen lo que ellos tienen en aquel momento: techo y mesa. En el contexto de la amistad, la confianza y el compartir se presentan como condición natural de convivencia.

El reconocimiento de Jesús en el momento en que partía el pan y lo distribuía a los discípulos es el momento culminante de todo el relato. Ahora los discípulos descubren que sus corazones ardían hechos brasas cuando el peregrino les explicaba las escrituras, e inmediatamente emprender el camino de vuelta a Jerusalén para contar a los discípulos lo que había acontecido con ellos. La situación cambia completamente: a lo largo del camino, Jesús era visible, más no reconocido, porque sus ojos estaban ciegos; ahora después de reconocerle, Jesús se torna invisible. En este cambio operado por el reconocimiento le sigue el cambio de relación entre ellos y el cambio de dirección: antes de encontrarse con Jesús y de reconocerlo, el camino emprendido los apartaba de Jerusalén y de los otros discípulos, ahora habla, uno con otro, entendiéndose y haciendo juntos el camino de regreso en la dirección contraria.

Es la «fracción de pan» el punto de partida para la comunión y para la misión. La relación con Jesús tiene que ser vivida en la fe y el crecimiento de su conocimiento, en su amor y en su seguimiento, son progresivos. Como los discípulos de Emaús, es necesario que nos pongamos « a caminar» y en la medida nos dispongamos a oír en silencio y con interés creciente sus palabras «por el camino», seremos cautivadas /os por El.

El camino de regreso a la comunidad, mirando con ojos nuevos los acontecimientos, es la recuperación de la confianza, ya no por los caminos naturales de las situaciones ocurridas sino con recobrada capacidad de celebrar el amor en común. La luz que los iluminaba era al mismo tiempo el fuego que los impelía al aprendizaje de lo comunitario, de la fraternidad entre hermanos en lo cotidiano de la vida de todo discípulo. Es urgente anunciar y testimoniar la alegría de creer en un proyecto común. La experiencia del conocimiento de Jesús cambia los rumbos de nuestra vida; así sea de noche y estemos lejos, todo se queda claro y nada es exageradamente difícil en el envío a la misión para encontrarlo en todos los caminos. El amigo nos remite a la compañía de los otros, que también se hicieron sus amigos.

Lo comunitario se hace entonces espacio y atmósfera del crecimiento en la fe, también testimonio y sustento del tesoro de la revelación experimentada en la convivencia con el Señor. Se aprende desde ahí el tesoro de las relaciones fraternas como expresión de la filiación.

Vencer la tristeza que nos aísla, buscar ver de un modo nuevo, totalmente identificado con el modo de Dios, ver los hechos, es poder ofrecer otra comprensión de lo que es confianza amorosa, porque sabemos en quien hemos depositado nuestra esperanza. Testimoniamos la solidez de una utopía buscada en la certeza de que nuestro Señor vive y nos quiere hermanos y hermanas de verdad, a pesar de la ceguera y cerramientos que nos hacen tomar distancia unas/os de otras/os.

El camino comunitario, es el camino de retorno para la comunión de una vida de fraternidad, un modo que como todos los carismas se hace luz que ilumina los oscuros de nuestra historia humana. No porque tenemos que entender con nuestras humanas afinidades sino porque podemos reconocer la necesidad de aquello que nos une: el Señor de los vínculos de filiación y fraternidad. Aquel que nos va a enseñar a superar todas las distancias para una celebración de la victoria de la vida sobre las muertes que nos distancian. Uno de los testimonios más elocuentes de una vida de amor, pasa por la gracia de vivir el perdón, como ofrenda de posibilidades para sí mismo y para los demás, como garantía de vida en abundancia.

## **FLORES Y ESPINAS TEOLÓGICAS DEL PUEBLO**

Diego Irarrazaval, sc.

La condición humana y la creación atraviesan dolores de parto. Este mensaje paulino (Rm. 8,18-23) nos anima al transitar por un cambio de Época. Hoy, en medio de tanta transformación ¿qué aportes y desafíos ofrece la teología latinoamericana? ¿Cómo colaboramos en el proceso de parto de una humanidad y creación nueva? ¿Qué hacemos ante hechos intolerables: en los 30 últimos años de «progreso mundial» se ha duplicado la gente pobre urbana y crece la desigualdad (las 200 personas más ricas del mundo ganan igual que 41% de la población pobre del mundo)?.

En la simbología Nahuatl, «la flor y el canto» constituye lo fundamental, o, mejor dicho, expresa la relación con quien nos da Vida. En el relato guadalupano Nican Mopohua, Tonantzin-María hace a Juan Diego recoger hermosísimas flores en el Tepeyac; las flores son llevadas a la autoridad colonial para que ésta crea en la manifestación de Dios al pobre. El lenguaje teológico de la flor sobrepasa a la cristiandad opresora.

Este es uno de muchos hitos sorprendentes en la trayectoria de nuestro continente. Durante mi sinuoso itinerario, se me permite disfrutar las flores y sabrosos frutos teológicos de pueblos pobres y sabios. A la vez, me duelen y preocupan las espinas, provenientes de afuera y de adentro de la población.

Al comenzar el siglo 21 conviene sopesar lo avanzado y enunciar el porvenir. Las teologías latinoamericanas son elaboradas por comunidades eclesiales; a las que acompañamos los/las profesionales. Esta no es una forma de populismo. La elaboración teológica incluye la revisión crítica de logros y también de vacíos e incoherencias.

Al interpretar, desde convicciones actuales, el pasado y el mañana, pueden haber malentendidos. Al hacer un balance uno puede tergiversar a muchos sujetos y acontecimientos. Nuestro polifacético itinerario tiene varias fases y corrientes; cada una con modos de sentir y entender la presencia salvífica de Dios.<sup>(1)</sup> Soy una voz - con mis limitaciones y claras opciones- dentro del concierto de esfuerzos colectivos, de redes eclesiales que hacen teología desde y con el pobre. Desde 1970 al 2000 me he dedicado más a procesos culturales y religiosos; y a ello comienzo a sumar la perspectiva de género. Agradezco de corazón el regalo de colaborar y ser amigo de teólogos/as que compartimos la causa de la humanidad adolorida. En este ensayo, deseo dar cuenta de cómo se cultivan flores y nos defendemos de las espinas.

### **Un hermoso amanecer**

La actividad de cada día configura a la persona. Mi reflexión es hecha, no en espacios académicos ni en institutos que forman al clero (donde se enclaustra gran parte de la teología), sino en asesorías a múltiples grupos y a responsables de trabajos de base. Desde aquí he contemplado y dialogado un lindo amanecer.

Primero digo algo sobre el escenario grande. En la segunda mitad del siglo 20, América Latina y el Caribe han sido golpeadas por el endeudamiento y crecimiento desigual, determinado por poderes mundiales a los que se subordinan nuestras élites. Mucho se ha debatido sobre estas condiciones económicas, tecnológicas, políticas. En parte la modernidad nos ha humanizado (por ejemplo, la democratización, el acceso a la educación y la salud).

Sin embargo, también sobresalen factores deshumanizantes; no sólo el empobrecimiento material de las mayorías; también nos duele el daño hecho a la juventud, la alienación mediante medios de comunicación, las políticas populistas, la sutil y horrible discriminación racial y de género. Todo esto (y no la simple estadística y el análisis social) han suscitado nuestra indignación y una lúcida afiliación a las causas de la gente postergada.

A menudo se dice que la teología de liberación parte de una crítica macro - social y una sintonía con la izquierda marxista. Ese no ha sido su motor; aunque sí han sido elementos presentes. La actitud teológica básica ha sido (y continua siendo) la indignación ante injusticias que dañan a personas concretas, y una estrategia política de misericordia cristiana. (Añado algo mío; en Chile he participado y sido dirigente en la insurgencia universitaria de los años 60; el referente era nuestro trabajo en poblaciones marginales; así abrí los ojos a la miseria humana producida por nuestras sociedades hipócritas).

Otro elemento fundacional ha sido la renovación eclesial, en medio de resacas y contradicciones. La nueva teología ha brotado y sido alimentada por cantidad de iniciativas locales y por respaldos institucionales (Vaticano II, Consejo Mundial de Iglesias y organismos afines en América Latina, Conferencias episcopales del continente y de algunos países, CLAR, incontables estructuras apostólicas y de espiritualidad). Pero no hay que idealizar. Han sido espacios minoritarios y frágiles líneas de convergencia; gran parte de la iglesia ha continuado con esquemas de cristiandad y neo - cristiandad. En parte a esto se debe la fuerte censura a la teología liberadora. Muchos hemos sufrido agresiones; algunos/as han sido cruelmente descalificados.

En cuanto al escenario teológico, junto al parámetro que se limitaba a explicar el magisterio, lentamente se impuso el esquema moderno y científico. Lamentablemente ambos han sobredimensionado lo racional (greco - occidental), y no han tomado en cuenta otros saberes y espiritualidades que animan la reflexión de fe. (En mi caso fui formado con la fresca teología conciliar; pero ella nos llegó a través de moldes racionales. Al terminar mis estudios formales asumí la óptica de Paulo Freire de dialogar cotidianamente con el pueblo pobre; desde entonces soy discípulo de ésta fe y teología).

Paso ahora a comentar el prolongado y bello amanecer. Son treinta años en que se han consolidado teologías de liberación (en adelante: TdL). Comenzó (y ha sido algo permanente) reconociendo al Dios liberador del pobre; se hizo una sistematización (que algunos llaman la TdL fundante). A continuación han crecido otras vertientes: reflexión bíblica latinoamericana, teología feminista, teología india, teología afroamericana (y líneas en torno a la historia, economía, género, ecología). Me parece que todo este hermoso abanico constituye nuestro amanecer. Fue inaugurado por comunidades de fe acompañadas por Gustavo Gutiérrez y otras personas; y ha continuado siendo generado por mujeres y hombres fundadores/as de «nuevos modos» de hacer teologías.

¿Qué se dice hoy de esta lenta y larga germinación? Algunos hacen apologías. Otros minimizan dichas trayectorias; como si fueran meros ensayos. Otros han decretado su defunción.

A mi parecer, han nacido y crecido varias teologías latinoamericanas (y la mayor parte se consideran TdL); ellas han motivado a grupos y personas en todo el planeta. Hemos contribuido a que la teología sea, no una explicación de verdades descontextualizadas y sin sujeto ni utopía, sino una hermenéutica de la fe. Ello ha sido favorecido por la visión moderna de interpretar y cambiar la realidad; a lo que añadimos - como factor decisivo- hacerlo desde y con la población marginada y los movimientos alternativos. Es una hermenéutica basada en el discípulo de Cristo y la fidelidad al Espíritu.

Aquí incluyo unas anécdotas. En 1970 vivía en Peñalolén (zona pobre de Santiago) y fui al norte a pasar una fascinante semana acompañando a un grupo que bailaba en un santuario mariano. Ahí brotó mi primer escrito. En mi corazón intuía un nuevo modo de pensar/celebrar la fe. Pero mi mente continuaba con esquemas que había asimilado; saqué pues la conclusión (de la que me avergüenzo) de reemplazar la centralidad de la fiesta y el rol de la Virgen en la devoción popular por la propuesta de construir un mundo nuevo en que Cristo es el protagonista. No se me ocurría la (para mí ahora evidente) conjugación entre estos elementos diferentes y complementarios.

Unos años más tarde, dejé Chile debido a la dictadura militar. Fui a trabajar pastoralmente en el puerto de Chimbote y teológicamente en el centro Bartolomé de las Casas en Lima (dirigido por Gutiérrez). Me dediqué a la religiosidad popular en el Perú y en América. Mi primer libro concluye, entre otras cosas- que la fe del pueblo no va ligada suficientemente con la acción liberadora, y

aunque valoraba su esperanza y celebración creyente, juzgaba que gran parte de imágenes y prácticas provenían del mundo dominante. Este tipo de interpretación simplista entre lo positivo y lo negativo va siendo superada en los años siguientes, sobretudo cuando ingreso al universo simbólico andino.

Regreso a comentar los grandes cauces de la TdL que amaneció desde los años 70 hasta los años 90. Han sido cruciales los aportes de R. Muñoz, G. Gutiérrez, E. Tamez, J. De Santa Ana, L. Y C. Boff, I. Gebara, J. Comblin, S. Galilea, E. López, A.A. da Silva, N. Cardoso, E. Dussel, J. Miguez, J.L. Segundo, J.C. Scannone, P. Casaldaliga, A.M. Isasi - Díaz, J. Sobrino, y otros maestros/as y buenas amistades. No son figuras aisladas; están en contacto unas con otras; y, sobretudo, corresponden a la maduración teológica en las iglesias solidarias y proféticas.

Son tan importantes los primeros pasos como las nuevas vertientes.(2) Resaltan la lectura bíblica desde la historia y fe del pobre (C. Mesters, M. Schwantes, P. Richard, y tantos más); la teología afroamericana (A. Aparecido da Silva y una red prolífica); la teología india (E. López, tres encuentros latinoamericanos, y muchos procesos locales); la teología feminista y la perspectiva de género (P. Aquino, I. Gebara, A.M. Tepedino, E. Tamez, M.C. Bingemer, y una amplísima corriente). Con estas y otras personas he podido intercambiar puntos de vista y proyectos. Ciertamente no ha fallecido la TdL; más bien sigue creciendo por cauces viejos y nuevos.

Doy testimonio de la sintonía espiritual e intelectual, y la producción compartida; casi no ha existido la competitividad e insolidaridad que abundan en mundos profesionales. Por otra parte, hay que lamentar los escasos intercambios metodológicos y de contenidos entre estas diversas vertientes. De la amistad e interés por obras de otras personas, no se suele pasar a la confrontación de contenidos. Por ejemplo, pocos/as dialogan con las perspectivas de género y de ecología; ellas ofrecen líneas holísticas que fortalecerían al conjunto de la TdL.

A la vez, nos entusiasma el hecho que estas teologías están enraizadas e interpeladas por la espiritualidad. No han sido ni son ensayos mentales (fácilmente descartables). Nacen y dan testimonio del amor de Dios y sus implicancias en nuestras historias adoloridas y llenas de tercas esperanzas. Atribuyo tanta importancia a lo espiritual como al hecho que surgen nuevos sujetos y epistemologías. Las teologías no son elucubraciones; son pueblos y personas creyentes que las producen, y generan métodos y perspectivas propias. Es un trabajo lento y profundo.

También anoto la disidencia de la que formo parte. En las sociedades latinoamericanas continua la distancia entre el saber (ya sea hegemónico o bien contestatario) y la vida cotidiana de la población. Varios teólogos/as durante estos años hemos puesto acento en las temáticas culturales y religiosas; no en - sí, sino como portadoras del sufrimiento y de los proyectos de vida de la humanidad marginada. Allí hay líneas de espiritualidad y teología. Las perspectivas de género y de ecopraxis también conllevan disidencias; se superan parámetros de cambio social y reflexión, con sus marcas androcéntricas y antropocéntricas. Todo esto conlleva, más que disidencias, vertientes de agua fresca que renuevan radicalmente la labor teológica.

### **En la tierra florida**

En las tierras expoliadas han brotado flores teológicas, en medio de espinas. Estas fueron las pautas con que dialogamos en 1997 en Bolivia, en el tercer encuentro de Teología India. Fue fantástico pensar en esa manera; y no tratar sesudos temas sin imágenes ni sentimientos (como ocurre en otro tipo de eventos). Me parece que las líneas de la TdL (y no sólo la indígena) se caracterizan por eso: en contextos desgarradores brota la contestataria y bella sabiduría espiritual. Caminamos en una «tierra florida», en medio de abismos y trampas.

Hoy existe mayor conciencia del desastre ecohumano a que nos conduce un acrítico desarrollo moderno. B. Wielenga anota la ilusión del progreso (que margina a mayorías), y ve la esperanza en torno a la gente común que al asociarse para sobrevivir combina tradiciones con nuevas iniciativas.(3) Estos hechos me motivaron, en 1981, a abandonar el mito del progreso y ser acogido por un espacio indígena en el Perú. He podido renacer en una realidad radicalmente distinta a la

mía; y colaborar en la teología y evangelización hecha por un pueblo originario. No ha sido fácil el cambio de mundo, ni el renacer; pero es apasionante.

La sabiduría autóctona, acumulada durante siglos, esta enfrentando la globalización moderna. Lo hace sobre la base de la reciprocidad, que es marco del orar, pensar, celebrar, actuar; y también basándose en la resistencia y la voluntad de vida indígena. En estas dinámicas se inscribe el factor teológico cristiano; ha surgido con fuerza en los años 80 y 90. Soy un privilegiado al ser interpelado y apreciar la tradición cristiana desde el universo simbólico aymara. Me hace también relativizar la cultura dominante (de donde provengo) y su apropiación del cristianismo. Me siento libre ante las tradiciones humanas de la fe, y disfruto sus diferentes mediaciones culturales y espirituales. A la vez, doy pequeños aportes.

He dialogado y escrito sobre la espiritualidad terrenal (fuente de la teología); la estética andina; los derechos eco - humanos; el trenzado simbiótico de religiones; concepciones del tiempo mítico, ritual y ético; modos andinos de vivir la Palabra y el Espíritu; la teología hecha por comunidades y portavoces indígenas. Veo que la modalidad simbólica de pensar la fe es sumamente fecunda (y se complementa y supera el modo conceptual). A la vez veo que el acontecer post - moderno tiene sus rasgos neo - tribales (por ejemplo, en espacios urbanos y en las juventudes) que crecerían al dialogar con las tribus indígenas.

Para mí, todo eso se inscribe en una perspectiva y acción más amplia: la inculturación. Proviene de Asia y Africa; en América Latina esta siendo llevada a cabo en los últimos 15 años. En un primer momento hubo bastante debate; se temía que sustituyera nuestra opción básica por la liberación. A veces el discurso culturalista es usado contra el reduccionismo a lo social. Para mí la disyuntiva no es entre lo social y lo cultural; sino entre intereses hegemónicos y las líneas alternativas. La propuesta inculturadora - hecha por sectores misioneros, por Paulo Suess y otros, por documentos eclesiales- es que su meta es «la salvación y liberación integral» (Documento de los Obispos en Santo Domingo, 243).

Nuestro continente es culturalmente multicolor, y afectado por pautas dominantes de origen externo e interno. En las asesorías que hago en diversos lugares he constatado la pluriformidad latinoamericana, las inculturaciones que el pueblo de Dios hace espontáneamente (y que pocas veces son aceptadas por instancias jerárquicas), y el ansia de liberación que conlleva afirmación de diversas identidades y proyectos de vida. La problemática no sólo es del cristianismo oficial (ciegamente mono - cultural y mono - religioso, y contrapuesto a la realidad, a los cristianismos inculturados vividos por la gente); también es de quienes postulan «renovación» y «liberación» sin asumir las diferencias culturales y los diversos modos de comprender a Dios y de vivir en el Espíritu. No veamos sólo la paja en el ojo ajeno... tenemos una viga en el nuestro.

La cuestión de fondo es pneumatológica; desde los orígenes de la Iglesia hasta el presente quien impulsa la inculturación es el Espíritu de Amor. Cada inculturación es también evaluada por la presencia o ausencia de dicho Espíritu.

También he subrayado que toda la praxis de fe puede hacerse de modo inculturado (no se trata pues de unos detalles artísticos y litúrgicos); y que los contextos globalizados y multiculturales nos exigen conjugar la inculturación con la ínter - culturización de la fe. Existen grandes posibilidades en la catequesis, la labor educacional, la presencia cristiana en los medios de comunicación; duele ver que allí hay poco interés en la inculturación y la interculturalidad; por el contrario, allí abunda la agresión mono - cultural y el camuflado fundamentalismo religioso.

Paso a mi mayor dedicación durante treinta años: apreciar, discernir, y colaborar en la comunicación de la teología elaborada por el pueblo de Dios. Mucho lenguaje oficial sobre Dios esta distante de la fe; ha sido cooptado por poderes de este mundo; a veces hasta tiene rasgos idolátricos. A lo largo de los años este lenguaje oficial no anima ni mi corazón ni mi mente; me deja frío. Por otro lado, posturas populistas en la iglesia exaltan lo que viene del pueblo (pero que en verdad sólo reproduce lo inculcado al pueblo). Cabe un discernimiento crítico de sus símbolos, éticas, conceptos.

Estoy cada vez más preocupado por la teo - simbología.(4) Son modos de sentir, pensar, festejar, orar, a Dios. Lo principal no es hablar sobre Dios (como ocurre en la teología académica y en gran parte de la teología pastoral). Más bien lo conceptual del individuo es subordinado a lo simbólico y comunitario. A través de símbolos la comunidad transforma su día a día, celebra, comprende, y sobretodo contempla el Misterio cristiano. Me fascina todo esto. La población pobre internamente dice como es el Misterio de Vida, y así nos lo enseña; en la medida que nos ubicamos como co - discípulos del Maestro de Nazaret y como coa - fieles al Espíritu.

Durante el itinerario de estos 30 años he sido evangelizador en tareas muy concretas; he tenido que hablar mucho de Dios. Pero confieso que muchísimo más la población me ha enseñado como es el Misterio de Dios; no es propiedad del ser humano ni menos aún del trabajo teológico.

La relación/comprensión que la gente tiene con Dios subraya - entre otras cosas- que es Abba. Esto no ocurre porque haya recibido enseñanzas bíblicas (¡ojalá así hubiera sido!), sino por estar viviendo la fe con cariño filial. También los sectores católicos reconocen, mediante María, que Dios incluye y plenifica la condición femenina. He aprendido también a venerar las personas difuntas y a muchos seres sagrados. En cuanto a la cristología he estudiado la rica relación con imágenes - iconos; y el sentido pascual de la celebración de la fe, en torno a representaciones y a la liturgia, tanto de Cristo, de María y del santoral como de los sacramentos y sacramentales. Con respecto a la pneumatología del pueblo pobre, la he interpretado como tejer la vida, sanar, y festejar la historia. Estar atento a la pneumatología presente en la vida del pobre me ha facilitado el pasar a acoger la vivencia y comprensión del Espíritu desde la perspectiva de género.

Considero que en sus fiestas (a pesar de tanta ambigüedad) la población a su modo capta la Pascua de Cristo y la acción transformadora del Espíritu; también valoro la común praxis popular de sanación, que conlleva señales del Reino; veo la calidad misionera y catequética refundada por el pobre; y en la practica polireligiosa de la gente disfruto el ecumenismo, ya que Dios es reconocido a través de mediaciones diversas y complementarias.

Regreso a un punto ya mencionado. Durante estas décadas muchas personas hemos trabajado en forma colaborativa. La TdL ha sido generada en un espíritu de comunión, entre nosotros/as y con las comunidades que nos nutren. (Sin embargo, no hemos contrastado y conjugado las distintas vías epistemológicas.) Han brotado unas primeras sistematizaciones del trabajo común. Así lo indican dos grandes obras. A partir de 1985 en portugués y español se han publicado 25 volúmenes para la difusión de este nuevo modo de hacer teología (esta colección no ha logrado modificar los programas oficiales de enseñanza teológica). En 1990 en España se publicaron los densos volúmenes de *Mysterium Liberationis*. Al revisar estas obras vemos que la TdL ya es un esqueleto con buenos nervios, abundante sangre y carne; aunque le falta aún mucho crecimiento. Tiene una línea gruesa de acción y pensamiento, con sus matices, sus particularidades, sus vacíos. No son aportes que coexistan; más bien se trata de un bello y coherente mosaico teológico.

Termino con nuestros vacíos y limitaciones. El lenguaje conceptual ha predominado, en la medida que la teología ha sido hecha en diálogo con sectores profesionales y con líderes de las iglesias. Es una función necesaria. Al revisar mis escritos veo que dicho lenguaje tiene aciertos y limitaciones; en parte por eso estoy propugnando una teo - simbología. Surge del diálogo con la reflexión realizada por la gente sencilla.

No se trata de una artimaña populista. La mayor responsabilidad esta a cargo de todo el pueblo de Dios y sus pastores. La gente común es portadora de la fe y co - protagonista de la teología junto con quienes nos dedicamos profesionalmente a ella. Si es así, la reflexión incluirá lo cotidiano, las formas de ver a Dios desde el dolor y el sin sentido. En la teología no puede seguir faltando la trayectoria familiar, el trabajo, la lucha contra la enfermedad, la sexualidad, y tanto más.

En términos de destinatarios, en vez de privilegiar la formación del clero, la teología tendría que dar servicios a todos los estamentos y carismas eclesiales. También nos faltan vínculos con diversos sectores; por ejemplo, quienes favorecen la TdL nos segregamos de cristianos en el

mundo de las ciencias y tecnologías, de capas medias y altas, de sectores católicos organizados con su religiosidad, de vastos sectores pentecostales y carismáticos. Con cada sector cabe dialogar teológicamente.

Una carencia inmensa es la poca labor teológica en el terreno del género. Ciertamente hay grandes logros, sobretodo debido a la teología feminista. Pero las cuestiones de género hacen que lo masculino y lo femenino entren en la comprensión de la obra salvífica de Dios, en la ética, en la celebración de la vida, en cada esfuerzo por resolver injusticias globalizadas. Personalmente sólo en estos últimos años voy caminando por estos terrenos. Descubro que constituye una ancha vía hacia el Misterio. Aún más. Veo que la teología, por su misma naturaleza, tiende a no ser androcéntrica. La tradición cristiana asume y sobrepasa la sabiduría que existe en cada relación con lo sagrado. Ella nos invita a acoger la relación salvadora de Dios con la humanidad y con el cosmos, mediante la inserción en el misterio pascual de Jesús de Nazaret. Su Espíritu habita en la comunidad creyente; y quienes viven en Cristo pueden conocer al Espíritu como «amor divino maternal» (según anota María Clara Bingemer). A pesar de todo esto, el grueso de la TdL continúa indiferente, distante, y temerosa ante la perspectiva de género.

No hay nada bueno que uno perderá; pero sí mucha maldad patriarcal que puede ser superada. Hay mucho por descubrir y por ser interpelado. Las buenas relaciones y prácticas de género, y el modo como nos permite repensar la tradición de la fe, nos abren posibilidades que nos llevarán lejos.

Recalco la epistemología con respecto al Misterio. Es un pilar de la reflexión ya iniciada por la mujer; cabe pues sopesar los contenidos dados por ella. En términos metodológicos, vale como precaución contra representaciones idolátricas y contra tanta desfiguración antropocentrada y androcéntrica. En términos positivos, la perspectiva de «misterio» tiene sólidas bases bíblicas, con aportes desde la Patrología y la Mística, y con valores inter - religiosos. También es significativa para la humanidad que por varias vías busca la Plenitud de la Vida.

### **Anhelo un siglo 21...**

Deseo asimilar los clamores de maltratadas personas/pueblos de este continente; gracias a la fe allí puedo reconocer al Espíritu que gime; la humanidad y la creación están no sólo sufriendo sino que dando a luz...

No es posible adivinar qué ocurrirá en el siglo que esta comenzando; sí es posible recoger e interpretar los clamores a favor de la vida; lo hago en términos del itinerario teológico.

Los éxitos, que son contabilizados en muchas actividades humanas, no valen en la teología. Aquí lo que importa es el fortalecimiento de la fe, es decir, la correlación entre espiritualidad y teología. Pues bien, deseo que en el siglo 21 resolvamos el cisma entre el pensamiento cristiano y el caminar creyente del pueblo (que algunos llaman religiosidad, pero que es la cotidiana y holística praxis de la fe). Esto implica que la labor científica y conceptual (siempre necesaria) se ponga al servicio del crecimiento y ahondamiento de la fe.

También anhelo que en los años venideros la pneumatología constituya el corazón de la reflexión. Esto es posible dado tantos logros cristológicos, en la TdL. De ninguna manera uno abandona el capítulo de Cristo para entrar a otro del Espíritu. Uno es inseparable del otro. Uno es incompleto sin el otro.

¿Surgirá una pneuma - cristo - logía latinoamericana? Escucho muchas voces, no sólo desde los sectores pentecostales y carismáticos, que apuntan en esa dirección. Las vivencias y sabidurías atentas a la ecología, al género, al dialogo interreligioso, están contribuyendo a la pneuma - cristo -logía. Esta reflexión tiene como fuente una renovada vida cristiana. Cabe prepararnos, como dice Juan Pablo II, a una primavera de la vida cristiana, si somos «dóciles a la acción del Espíritu Santo» (TMA 18). Puede añadirse: prepararnos a una primavera en la TdL que corresponda a la renovada vida cristiana. Estoy seguro que esta primavera es obra del Espíritu.

También hay que encarar tendencias cerradas. Me refiero al auge de varias clases de fundamentalismos (al interior de las iglesias, en actitudes del ser humano en lo racial, religioso, económico, etc.), de integrismos y de espiritualismos. Nos envuelve además la postura posmoderna con su exaltación del sentir y gozar instantáneo. Por todos estos motivos, nuestra labor tiene que continuar anclada en las ciencias y filosofías. De lo contrario, la teología se desliza hacia actitudes acrílicas, cerradas, fundamentalistas.

Tomo en cuenta la existencia de varios tipos de sabiduría y de racionalidades latinoamericanas; y por lo tanto, de plurifacéticas ciencias y filosofías. Además, dadas las fuerzas globalizadoras y las capacidades locales (vale decir, la globalización de la vida), probablemente tendremos un escenario cada vez más inter - cultural, mestizo, sincrético, fluido y contradictorio. En estos escenarios se llevará a cabo la labor teológica. Por consiguiente, son inviables unas teologías hechas con actitud unilateral (referencias sólo a una ciencia, a una filosofía), o con actitud mono - cultural y mono - religiosa.

Anhelo que sigamos, en forma colaborativa como en el pasado, con un nuevo modo de hacer teología. Durante tres décadas se ha sistematizado la TdL y se han trazado nuevas líneas epistemológicas. Veo que la espiritualidad terrenal del pobre, la ecología, el género, el dialogo inter - religioso, nos mueven hacia una labor más cotidiana y holística. Además, si se hacen más presentes las juventudes y sus búsquedas de sentido, la teología latinoamericana tendrá nuevas configuraciones.

Hay tanto terreno inexplorado. Por ejemplo, el humor y la alegría. Después de mi libro sobre fiestas religiosas en el Perú, estoy dedicado a desentrañar la jovialidad presente en la vida de Jesús. Trabajo ahora con una selección de textos neotestamentarios, en que abunda el humor ante los poderes; encuentro mucho sentido de humor a favor de la vida, y en contraposición a estructuras y autoridades socio - religiosas. Es otra faceta de la liberación.

En términos generales, veo muchas posibilidades en la teo - simbología. No sólo permite dialogar con la humanidad inmersa en imágenes (y que esta reduciendo su discurso conceptual). El caminar cristiano -y teológico- es mistagógico; si esta bien orientado nos lleva hacia el Misterio. No lleva hacia lo esotérico y desconocido; más bien lleva hacia la celebración, mediante símbolos, del Misterio de la Vida en el aquí y ahora. En este sentido escucho el clamor del pobre con respecto a la teología. Que la tierra endurecida por el pecado sea tierra florida; y que la reflexión de fe muestre el paso de la primera a la segunda. Que las espinas nos permitan la defensa contra todo lo que fuera y dentro de nosotros es destructor. Por fin, anhelo un siglo 21 en que la flor pasajera siempre renazca, y en que las espinas no hieran sino que permitan cuidar la vida bella.

Notas:

1. Al comentar tres décadas de prolífica labor teológica latinoamericana, lo justo es hacerlo desde el interior de cada fase y cada corriente, distinguiendo y conjugando esos momentos y procesos. Es una labor inmensa y de equipo. Por mi parte, en pocas líneas y con mi sensibilidad y visión actual, reconstruyo momentos y trazo líneas hacia delante.
2. Ver mi ensayo «Vertientes teológicas actuales», en L.C. Susin (org), O mar se abriu, Sao Paulo: SOTER/Loyola, 2000, 97-108.
3. BASTIAN WIELENGA, «Reorienting our hopes?», *Voices*, XXII/2 (1999), 23-46. Al regenerar recursos tradicionales y encarar retos nuevos, se «retrocede para forjar el futuro». Mi segundo libro llevó por título: «tradición y porvenir».
4. Ver la conclusión de mi obra *Teología desde la fe del pueblo* (Costa Rica: DEI, 1999): «al pensar crítico (característico de la modernidad) se le suma el pensar simbólico (un modo holístico de sopesar la realidad). Se resuelve la dicotomía razón - creencia; la teología retoma su matriz espiritual; se reafirma el vínculo entre pensamiento cristiano y religiosidad del pobre. La más fecunda reflexión es la que brota desde, y contribuye a, la fe del pueblo de Dios».

## DESANDAR CAMINO: EMAUS Y LA FORMACIÓN DE LOS JÓVENES

Simón Pedro Arnold, osb.  
Teólogo de la CLAR

El texto de Emaús se presenta como un itinerario de doble movimiento. Hay, primero, una etapa de . Luego se da una fase de , de retorno y retroceso hacia Jerusalén (aunque no es un simple retorno idéntico). Son dos perspectivas sobre el camino teniendo en cuenta que, para los creyentes, Jesús es camino, aventura y riesgo.

Ese mismo día, dos discípulos iban de camino a un pueblecito llamado Emaús, a unos treinta kilómetros de Jerusalén, conversando de lo que había pasado.

Me gusta contemplar a estos dos discípulos como a dos hermanos mellizos de los jóvenes de hoy, caminando juntos sin rumbo preciso. Hasta hoy la ubicación exacta de Emaús queda incierta. Existen varias hipótesis pero nada seguro. Esta duda tiene un sentido simbólico fuerte. Están alejándose de Jerusalén, juntos pero sin saber muy bien adonde van. Están camino más que . Según las apariencias, se trata de un retorno. No son habitantes de Jerusalén sino, probablemente, provincianos atraídos por los acontecimientos, por la persona de Jesús, y retornan, decepcionados, a su pueblo, conversando. Entre estos dos jóvenes sin rumbo hay, sin embargo, una intensa experiencia de comunión. Sería interesante indagar más en el sentido de la confianza entre jóvenes. Hoy en día es una de las experiencias espirituales más fuertes de la juventud aunque nos pueda parecer, a veces, de contenido bien ligero. Cuando los jóvenes de hoy hablan por teléfono, por ejemplo, ¿de qué podrán hablar tanto tiempo?. Quizás la conversación de confianza no es más que un pretexto para garantizar la comunión en una cultura y un mundo errantes.

Regresan de Jerusalén. Se trata de la ciudad centro del proyecto nacional judío, el modelo por excelencia, la capital, la referencia con su templo, sus instituciones de poder, sus esperanzas oficiales. A los dos transeúntes, les parece que este proyecto y este modelo no funcionan. Regresan, decepcionados, frustrados, hacia su lugar de origen, un lugar confuso e impreciso. Tal es mi primera imagen: una juventud comunional, afectivamente intensa, pero sin rumbo, decepcionada por los modelos propuestos y sus mentiras, que se trate de la política, de la escuela, de la familia y hasta de la Iglesia. Una generación desmovilizada pero no sin ideal...

...mientras conversaban y discutían...

Aquí me estoy preguntando, por qué el evangelista utiliza dos verbos. En castellano, conversar y discutir tienen sentidos casi contrarios. Conversar es hacer comunión. La discusión es el arte de divergir. En este mundo de los jóvenes que dedica tanta energía para la comunión, la afectividad, existe también mucha tensión, mucha conflictividad. Esta tensión entre el y el , conversar y discutir, atraviesa constantemente la vida de los jóvenes.

Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar a su lado.

Estos dos jóvenes no van a ni regresan de una jornada vocacional. Es Jesús, , (no en discursos, ideas, modelos, no en profeta ni como Hijo de Dios) quien se les acerca, Jesús como persona, nada más, carne, rostro, manos, pies, voz, respiración. Se acerca y se pone a caminar . Entra en su lógica de desandar camino con ellos. Acepta la falta de rumbo, anda sin dirección precisa, acepta entrar en la confianza y la discusión. Entra en su mundo sin efracción pero sin imposición ni condición tampoco. No convoca. Se deja acoger. Nada más.

Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran.

¿Qué es ese Dejemos la pregunta pendiente hasta que se aclare en el transcurso del desandar camino juntos.

Jesús les dijo: .

La actitud pedagógica de Jesús, encargado de pastoral vocacional, maestro de aspirantes, postulantes o novicios, consiste simplemente en ahí donde ellos están. En un segundo momento, trata de entender su mundo: Siempre me acordaré de un episodio con uno de mis ahijados que vive en París. Es de la generación europea totalmente desconectada de la Iglesia y, como todos los jóvenes de su edad, adora la música rock. A su padre, en cambio, le gusta exclusivamente la música clásica. Al llegar a la casa, el padre corta la música rock e impone la clásica. Una vez, este episodio se dio en mi presencia. Le dije al ahijado: . Primero el joven se asombró. No se lo esperaba. Después, se detuvo, como los discípulos de Emaús. ¿Qué era esto? Un viejo que pide a un joven. Pasamos una hora, una hora y media sentados en el piso, escuchando su música, sus comentarios. En el fondo escuchábamos poco. Cambiaba de disco cada cinco minutos. Situación típica de este desandar camino juntos. Jesús hace lo mismo. Solo pregunta, se interesa, trata de adivinar y penetrar.

Ellos se detuvieron con la cara triste.

La tensión entre comunión y violencia que atraviesa la juventud les hace, de cierta manera, nostálgicos y tristes. En nuestra generación éramos jóvenes rebeldes, revolucionarios. Estos ya no. Ya no creen en ninguna Jerusalén. Brota de ellos una cierta nostalgia, como de gente que ya saben la vanidad de todo antes de haberla experimentado realmente. Jesús se mete en su mundo, escucha su , contemplando la tristeza de su cara.

Uno de ellos, llamada Cleofás, le contestó: preguntó Jesús.

Existe un episodio parecido en el evangelio de Juan cuando Jesús se detiene con la samaritana y le pide de beber. . : ¿Cómo, tu que vienes de Jerusalén me pides de beber a mí que soy tu enemiga?» Es un poco como si Jesús no supiera. ¿Será, pues, que Jesús no es católico? Es decir: ¿qué no adhiere a los modelos tampoco? Jesús escapa a nuestras categorías e interroga con cierta ingenuidad a los discípulos, a sus amigos. Escucha antes de opinar. Nosotros, en cambio, los formadores, tenemos mucha dificultad para escuchar. Sabemos de antemano donde queremos llegar, lo que queremos conseguir, por ejemplo durante las entrevistas. No escuchamos de verdad, fingimos, de alguna manera. Si el formando va , nos impacientamos y, tranquilamente, lo interrumpimos para llevarle a nuestro huerto. Jesús no actúa así.

Me acuerdo de un novicio, hace mucho tiempo, un hombre muy sencillo... Cuando llegaba a la entrevista semanal empezaba por contar anécdotas de su vida pasada, de su familia, de su pueblo. Después de haber hablado media hora así, me decía: . Entonces le contestaba: . Me parece que esta es la actitud de Jesús. En vez de teleguiar respuestas por falsas preguntas, les deja todo el espacio para contar y así logra entender por donde va su tristeza pero también su tímida esperanza. Se deja enseñar.

En este mundo de hoy tan complejo, toma muchísimo tiempo escuchar, porque entre un joven de 18 o 20 años y un formador de más de cuarenta existe un abismo casi intersideral. Por mi parte muchas veces me sentí como un troglodita mirando a unos marcianos. Es muy posible que un troglodita logre amar a un marciano y recíprocamente. Pero seremos siempre de planetas diferentes. Por tal motivo si no nos esforzamos por escuchar primero, aún si las palabras son mal tejidas o no nos gustan, nunca nos encontraremos de verdad.

. Preguntó Jesús. Le contestaron: .

De verdad, se parecen mucho a los jóvenes de hoy estos dos transeúntes. de la , de este que fue el nazareno (Hoy se diría: este Michael Jackson, o esta hermana Teresa de Calcuta etc.). En otras palabras: este personaje que nos fascinó.

Esta perspectiva es típicamente lucaniana. (Que suerte la nuestra de tener cuatro versiones del evangelio que nos dicen cosas diferentes y complementarias). En san Marcos, por ejemplo, es prácticamente el pueblo entero el que condena a Jesús. En cambio, en san Lucas, el pobre pueblo se ve completamente excluido de las decisiones. Es un asunto de los grandes no más. En san Juan, por otra parte, ni el pueblo ni los jefes tienen algo que decir. Parece que todo está planificado por el propio Jesús en su soberana libertad.

Siguiendo con nuestra lectura , estos dos están juzgando a sus jefes políticos y religiosos desde lejos. Es como si dijeran: . La generación de los jóvenes de hoy ya no se siente identificada con ninguna autoridad religiosa o política. Por este motivo buscan con ansia a profetas. Siempre me asombra la prontitud con la que un joven entrega su confianza a un supuesto profeta por no tener confianza ni en el profesor, ni en los padres, ni en el cura. Su apego sentimental a personas proféticas compensa su escepticismo. Lo emotivo balancea la quiebra de lo racional. Es una de las grandes preguntas que tenemos que hacernos cuando iniciamos la formación con ellos. O bien nos perciben como la autoridad desacreditada de antemano ante la cual solo cabe la táctica del . O bien se atreven a rebelarse ante lo que consideran una usurpación de poder O, al revés, se apegan a nosotros como si fuéramos y debiéramos ser profetas, con todo el riesgo absolutista del apego sentimental. Hay, en el texto evangélico, una bonita contraposición entre, por una parte, Dios, el pueblo y nosotros, y, por otra, los jefes y las autoridades.

¡La esperanza de este pueblo..! Jesús deja que se desarrolle toda esta esperanza, aun si es muy ingenua, en el fondo. Los deja expresar hasta el final lo que sienten a pesar de saber que van a ser frustrados y deben serlo muy pronto. Estudiar, progresar, encontrar la pareja ideal...cuantas ilusiones movilizan a los jóvenes. Hay que dejarlas expresarse primero y hasta dejarlas experimentar en su carácter ilusorio para descubrir, más allá, la verdadera esperanza. Me interroga, por ejemplo, la ilusión del progreso que moviliza tanto a la juventud. Muchos jóvenes han hecho de Él un absoluto tanto en el plan personal como familiar. ¿Cómo, desde este dogma, hacer vislumbrar el progreso evangélico?

Experiencia de la desesperación, de la confusión, de la pérdida de referencias. Expresan así toda su esperanza truncada, todo su ideal destrozado. Esta parte del diálogo de Jesús con sus dos compañeros de camino, desandando con ellos, penetrando en su desesperación, puede tomar bastante tiempo.

«En realidad, algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron sorprendidos. Fueron muy de mañana al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, volvieron a contarnos que se les habían aparecido unos ángeles que decían que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres. Pero a Él no lo vieron».

Entramos aquí, con las mujeres, a una nueva etapa del relato. Dentro del desandar, del fracaso y de la desesperación, aparece, al mismo tiempo, un cuestionamiento, una duda que surge desde las mujeres. Se trata, por cierto, de una duda muy tenue: una tumba vacía. La resurrección es más una duda, una pregunta ínfima que una evidencia o una respuesta meridiana. Esta respuesta se irá elaborando poco a poco por la fe. Si la juventud es el lugar de la confianza, de la comunión y de la discusión, como lo veíamos más arriba, lo es también de una esperanza que se mantiene viva bajo la forma de un cuestionamiento. Una pregunta está ahí latente. Es precisamente en esta brecha que puede entrar nuestra palabra. Recién entonces

algo se hace posible. esta expresión de los dos jóvenes quiere decir: . No se atreven a creer pero se acercan a nosotros con este ...

Por mi parte tengo mucho cariño hacia los ángeles. Me parecen sumamente importantes en nuestra vida espiritual, precisamente porque son gente no más, ni teólogos, ni autoridades, ni sacerdotes. Son estos quienes, por el cariño compartido con ellos en la confianza, te invitan a creer y esperar. Mis ángeles son mi gente. Son estos que, a cada paso me hacen la pregunta: En mi pueblo trato de salir media hora al fin de la tarde a pasearme por las calles, cada día, a ver con qué ángel me encuentro hoy. Siempre me encuentro con alguno. Será un niño que me explica como funciona su trompo como lo hace bailar o dormir. Será la vecina a quien no le han pagado desde dos semanas. Así se da también entre jóvenes. Los jóvenes sólo creen en otros jóvenes. Tendrán algunos ídolos adultos. Pero sus ángeles son sus pares.

A esta primera parte del relato corresponde, de alguna manera, lo que llamamos el aspirantado o el postulantado, como una larga caminata para desandar camino con la juventud. Recién después de esta fase podemos, como Jesús, empezar a hablar.

Entonces Jesús les dijo: ¿que poco entienden ustedes y cuanto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas. ¿No tenía que ser así y que el Cristo sufriera para entrar en su gloria?».

Esta palabra es todo salvo recuperadora. ¿Qué diríamos nosotros, incluso después de haber escuchado largo rato? . Y Jesús ¿qué dice? .

Lo que a nosotros nos desespera, es precisamente el de Dios. ¿Quién de nosotros tendría la valentía de hablar tan claro como Jesús? Al contrario, vendemos nuestras mercaderías como vulgares publicistas. Jesús hace y habla a la inversa, a contra corriente. Les advierte: . Este desandar camino, este repliegue hacia Emaús es la condición para encontrarse con el verdadero Jesús. Nunca lo hubieran descubierto en su verdad quedándose en Jerusalén.

San Lucas hace una distinción sutil entre el Jesús histórico que andaba sus discípulos y el Jesús de la fe que está de ellos después de la resurrección. Es el Jesús de la fe a quien los dos jóvenes acogen gracias a la prueba del camino de Emaús.

Entonces Jesús les dice: .

Lo que nos parece catastrófico es, precisamente, el camino. Desde aquí arranca la catequesis de Jesús. Partiendo de la Tradición y recorriendo toda la Biblia, hace de las Escrituras el centro de su pedagogía. Pero se trata de una Palabra encarnada en su propia vida concreta. Cuando presentamos nuestras tradiciones, las fundaciones de nuestras comunidades, ¿las articulamos con la vida concreta de los auditores, o nos quedamos en la pura abstracción? Para Jesús la Palabra de Dios no es simplemente un hecho en sí. Sirve como iluminación de la vida de los dos muchachos.

Cuando ya estaban cerca del pueblo adonde iban...

Aquí ya no se habla de Emaús. Me gusta pensar que dicho pueblo es su propio corazón, el puerto de la fe donde tenían que abordar. Pensaban ir hacia Emaús. Pero, su destino era, sin que lo sepan, la persona de Jesús. Estaban cerca, muy cerca ya...

...y aparentó seguir adelante.

El verbo , en este contexto, me deja siempre perplejo. Jesús juega con sus interlocutores. Conoce la sicología de los dos chicos, sabe manejarla, hacerse desear, de cierto modo. Pero, detrás de este , hay un formidable respeto de las personas. Después de haber compartido la mesa de la Palabra y de la amistad, después de haber escuchado y desandado camino, sigue con su viaje sin imponerse. El llamado es siempre, en el evangelio, una propuesta que implica la libertad: tu quieres. Nada que ver con las presiones, conscientes o no, que impregnan nuestras

actitudes. Jesús en cambio, respeta totalmente su propia iniciativa. Ni siquiera se permite entrar en la casa.

.

Este es la clave de todo el texto. No creo que sean tanto las palabras de Jesús que les haya impactado en un primer momento. Ni siquiera estoy convencido que hayan entendido el discurso de Jesús. En este momento, lo que les impacta es su persona y sus actitudes en camino con ellos. Este es uno de los grandes dramas de la pastoral en general, no sólo de la pastoral vocacional. Venimos, presentamos nuestro bultito y después nos retiramos porque tenemos quince mil cosas más que hacer. No sabemos desandando camino.

Más bien, los jóvenes nos gritan de miles de manera: . Me van a objetar que no hay que caer demasiado pronto en la trampa de la dependencia. Por supuesto, hay que gestionar todo esto con mucho tino y mucha discreción como supo hacerlo Jesús desapareciendo a tiempo. Pronto, y con la misma convicción podrán decir si no nos retiramos a tiempo.

Y Jesús entra en la casa , nos precisa san Lucas. No para palabrear más. Solo para estar con ellos.

Una vez que estuvo con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio...

Todo el camino fue eucaristía, todo el desandar, la escucha, el dejarse contar, captar la falla y la chispa de esperanza, el dicho de las mujeres y, dentro de todo, la palabra de Dios... todo aquello es el despliegue de la eucaristía que culmina en el gesto de compartir el pan. Para nosotros también, formadores, el vivir con los jóvenes, quedarnos con ellos, caminar así, es ser y hacer eucaristía. Este momento en la mesa no es sino la culminación, la revelación plena del camino recorrido. La formación debe ser eucaristía, es decir: toma de conciencia vital de la presencia de Cristo a través de todas las vueltas que da la vida.

¿Qué les impedía reconocer a Jesús? Todo aquel proyecto, todo ese modelo exterior a su vida, la Jerusalén de las ideologías dominantes y engañosas. A veces toma mucho tiempo sanar de esta ceguera. Los muchachos que se acercan a nuestras comunidades están cargados de estos proyectos mortíferos e ilusorios. Las ideas preconcebidas sobre la Vida Religiosa, sobre el servicio al pueblo, la oración, Dios etc. Algunos dan como motivo principal de su opción el servicio a los pobres. Ceguera. Otros quieren ser santos. Ceguera otra vez, que impide reconocer al Jesús que, precisamente, esos caminos con nosotros. Puede tratarse de una ceguera muy generosa, muy noble y podemos confundirla con la vocación, dejarnos cegar por ella nosotros también. Pero cuando se abren los corazones en el preciso momento en que desaparece Jesús, ya no se trata de un proyecto externo, ni siquiera de una persona visible de referencia, sino de una experiencia interior, de una calentura del corazón. Entonces, recién, uno va soltando sus ilusiones y su decepciones a la vez.

En este sentido, el desandar camino, la bajada a los infiernos son , como lo repite san Lucas, para alcanzar el corazón, entrar en lo profundo del misterio de la fe. Cuando era maestro de novicios esperaba siempre con impaciencia el momento en que el novicio me venía a decir: . Era el momento de gracia donde Dios podía empezar a actuar libremente en el corazón del novicio. Recién entonces uno puede comprender que estamos embarcados en la Vida Religiosa no por tal o cual motivo, ni para cumplir con su ideal y un proyecto humano, sino porque nuestro corazón está ardiendo al caminar en compañía de Jesús.

En este preciso momento en que desaparece el Señor, la confianza entre los dos amigos caminantes vuelve a abrirse, pero, en vez de ser nostálgica y vacía, levanta, revela y fortalece.

.

Los dos compañeros se están volviendo maestros y formadores el uno del otro. A través de esta confianza final. Pero ya no se quedan en el albergue de la confianza pasiva, como tantas veces entre jóvenes. Se levantan inmediatamente y vuelven a recorrer el camino, el mismo camino pero con sentido contrario. El camino desandado de su vida lo van en dirección inversa, lo van relejendo al calor y a la luz del corazón donde mora, en adelante, Jesús, de ellos. Regresan a Jerusalén pero ya no es la Jerusalén de los grandes proyectos abstractos e ilusorios. Es la ciudad de la amistad, de la fraternidad sencilla y concreta. Es todo el secreto de la simple abertura al otro en la formación y en particular de las experiencias pastorales La pastoral, en efecto, es, ante todo, la abertura del corazón. Es levantarse para ir a comunicar la experiencia del corazón ardiente. La experiencia de Jesús es cabal recién cuando se comunica. Tiene su plenitud en la transmisión. En este sentido, la misión es la consecuencia y la prolongación de Emaús. Y la paradoja misionera se asemeja también al encuentro de los dos discípulos con la comunidad. Pensaban traer la buena noticia de la resurrección experimentada comunitaria y personalmente y se dan con la sorpresa de recibirla de sus hermanos: .

Esta lectura espontánea y tendenciosa del texto puede cuestionar, sin embargo, ciertas prácticas nuestras en la formación. Caminar en la aventura de Jesús, en el riesgo de Jesús, supone primero desandar nuestros propios caminos con Jesús, para reandarlos desde el encuentro con Él en la experiencia del corazón ardiente. El resto es .

## COMO NOS VEN

### LA VIDA RELIGIOSA, UNA MIRADA LAICAL

Rosa Ramos

Comencemos por el principio: quienes les escribe es una mujer, laical, uruguaya y docente, comprometida con la iglesia y con la educación en este querido continente Latinoamericano.

#### I Presentación y objetivo

La identidad es lo que somos de cara a los otros, no por oposición a los otros. De ahí que la presentación podría leerse del siguiente modo: ser mujer es una bella oportunidad de ser de cara al varón y con el varón, una opción vivida y cultivada a diario con alegría, responsabilidad y agradecimiento; ser laica significa amar y trabajar dentro de la Iglesia codo a codo con los religiosos con un estilo de vida propio; ser uruguaya es tener algo propio para compartir y mucho para recibir, es tener una experiencia religiosa peculiar por vivir en una cultura laica; ser educadora es ser siempre «aprendiente» y poder construir interdisciplinariamente una realidad distinta, desafío y oportunidad, lugar de desarrollo profesional y personal. Estar comprometida en la Iglesia es estar comprometida, ecuménicamente, con el Reino de Dios y con el mundo, elegido por El para la encarnación y la manifestación de su Amor.

Además de las responsabilidades a nivel nacional, integro el Equipo de Reflexión de un proyecto para Educadores de América, y en octubre del pasado año fui invitada a participar del Equipo de Asesores de la CLAR. Este organismo me ha pedido este artículo en el que, desde mi ser femenino y mi estado laical, diera una mirada a la Vida Religiosa en este tiempo de «Refundación».

#### II Mirada laical

Por el propósito del artículo conviene, quizá, precisar la identidad laical. Desde el Vaticano II comprendemos, y vivimos, el laicado como una opción de vida y entrega al servicio del Reino igualmente digna y válida que la vida religiosa consagrada. Y nos sentimos todos igualmente llamados y llamadas a la santidad desde el lugar y estado elegido.

Ser laica supone hoy una opción de vida dentro de la Iglesia concebida como el «pueblo de Dios» que somos todos. Se trata de una opción no por oposición, sino por vocación, es decir, hemos recibido llamados distintos y complementarios.

En tiempos de «crisis de vocaciones» estamos tentados de creer que Dios ha enmudecido, sin embargo observamos el creciente número de laicos comprometidos hasta el martirio, esto significa que Dios sigue llamado: «Conviértanse y crean en el Evangelio».

Dios llama a servir a su pueblo a hombres y mujeres en y para distintos estados. Algunos son llamados a ser «hermanos» o «hermanas», a otros les pide una vida de oración y contemplación más exclusiva en un monasterio, a otros el sacerdocio para hacerse presente en el misterio eucarístico, a otros diversos ministerios, a otros tantos al compromiso laical. Pero a todos por igual nos llama a la opción primera y radical «por el Reino y su justicia» que nos hace solidarios de todos los hombres, cristianos o no.

También es bueno aclarar que todos somos religiosos y que todos somos laicos. Todos somos religiosos en la medida que estamos «religados» a Dios, consagrados a Él por el Bautismo para ser sacerdotes, profetas y reyes. Todos tenemos el sacerdocio común de los fieles por el cual recibimos la gracia para: santificar el mundo y sus realidades temporales (no por temporal menos dignas), proferir la Palabra de Dios a su pueblo anunciando la Buena Noticia de su Amor

y denunciando todo signo de antireino, y organizar y dirigir co-responsablemente las instituciones eclesiales al servicio de la voluntad salvífica de Dios para con sus hijos e hijas.

Por otra parte es necesario recordar asimismo el carácter laical que tenemos todos ante el único y supremo sacerdote que es Jesucristo. Todos y todas somos hijos de una historia, y estamos igualmente comprometidos en su transformación, para hacerla, junto con el Espíritu Santo, historia de salvación. Todos somos santos y pecadores, plétóricos de la gracia divina y siempre necesitados de redención.

Vocaciones distintas y complementarias, porque Dios no se contradice ni hay en Él división. Así como Él es Dios y es Padre, Hijo y Espíritu Santo, análogamente nosotros somos su único pueblo, siendo distintos en nuestras identidades y misiones, pero siempre unos de cara a los otros, amándonos y sirviéndonos, vale decir humanizándonos, mutuamente. Así como hay una perijóresis divina intratrinitaria, la hay, o debe haberla, en el seno de la Iglesia entre todos sus miembros.

Siendo una mujer religiosa y con una profunda experiencia de Dios en mi historia, nunca pertencí a una congregación o instituto religioso, si bien he compartido muy de cerca la vida, alegrías y dificultades, de algunas comunidades religiosas masculinas y femeninas. Reiteramos entonces que nuestra mirada a la Vida Religiosa será desde una vocación laical.

### **III Lugares compartidos por laicos y religiosos**

La iglesia, signo y sacramento de Dios, es también espacio de gestación del hombre nuevo y reconciliado, donde, como en un vientre materno, vamos creciendo y adquiriendo los elementos necesarias para una vida plena, humana, según el sueño de Dios.

A lo largo de estos 2000 años de historia, laicos y religiosos, hemos venido compartiendo distintos lugares, y fuimos descubriendo, a veces con miedo, otras con alegría, nuestras diferencias y nuestras semejanzas en el útero común de la Iglesia. Veamos algunos de esos lugares compartidos:

#### **La Misión**

Desde el principio compartimos la misión, tanto la compartimos que en la Iglesia primitiva todos eran laicos y todos llenos del Espíritu Santo proclamaban el kerigma: a Jesús, el Nazareno, juzgado por los hombres y muerto crucificado, Dios lo ha resucitado y glorificado.

Más tarde tenemos una riquísima historia de la Iglesia primitiva en la cual aparecen los distintos ministerios y vocaciones: diáconos y diaconizas, presbíteros y obispos, viudas y vírgenes, predicadores y catequistas, maestros y doctores... Todos ellos compartían y se distribuían según las necesidades de la comunidad pero también según el llamado de Dios, la misión de predicar al Resucitado, de Bautizar, de partir el pan, de hacer la acción de gracias, así como de estar atentos y satisfacer las necesidades espirituales y materiales de la comunidad.

Toda historia tiene sus luces y sus sombras, no podemos desconocer el período demasiado largo de retroceso en este camino de compartir la misión, período clericalista y también machista, donde los laicos y las mujeres, fueran religiosas o no, pasaron a ser, en términos modernos, ciudadanos de «segunda clase» y confinados a una minoría de edad permanente. Pero la historia, que es también historia de salvación, nunca es abandonada a su suerte, sino que una y otra vez es llamada a conversión y movida por la ternura y sabiduría del Espíritu. Así tuvimos la oportunidad de abrimos a su gracia en el Concilio Vaticano II, desde donde volviendo a las fuentes, a veces más aceleradamente y otras más lentamente, vamos haciendo camino nuevamente en esto de compartir la Misión, en los todos los ámbitos y servicios eclesiales.

#### **El carisma**

Ya San Pablo hablaba de la diversidad de carismas y de la unidad de los mismos. Son dones dados por Dios a la comunidad, no hay carismas superiores, todos tienen un mismo origen y todos tienen una misma finalidad: el bien de la comunidad. Más tarde tenemos en la historia de la Iglesia el surgimiento de los diferentes carismas, asociados a las diferentes familias religiosas: benedictinos, franciscanos, dominicos, carmelitas, jesuitas... El mismo Jesucristo, el mismo Evangelio, pero distintos acentos, distintas miradas a un Misterio inabarcable, inasible, y por ello mismo capaz de ser descubierto y comprendido desde ángulos distintos.

Fueron familias religiosas y por lo tanto consagrados quienes aportaron al mundo su «carisma», pero paradójicamente algunas fueron fundadas por laicos, o en todo caso los laicos no estuvieron ajenos a estos distintos modos de interpretar y vivir la fe en el Resucitado.

Hoy es un hecho muy frecuente, si bien nunca fue desconocido, el que los laicos compartamos con los religiosos un carisma particular. En un tiempo se llamaban «terceras órdenes», pero el mismo lenguaje revelaba la distancia y categorización entre religiosos y laicos. Hoy sencillamente hablamos de «carisma compartido», de comunidades o fraternidades comprometidas, o de votos laicales inspirados en una misma espiritualidad.

Las distintas Congregaciones o Institutos pueden recrear su historia y ver cómo fue un camino abierto desde las dos puntas: los religiosos que se abren a compartir su carisma y los laicos ávidos de comunión que buscan una identidad religiosa, una peculiar espiritualidad para vivir su fe y su ser laical.

Este carisma compartido ya no será el mismo, sino que será enriquecido por las experiencias de varones y mujeres, con distintas sensibilidades, estados de vida y actividades. Se enriquecen, a partir del carisma compartido, el trabajo secular y apostólico, la oración, la vida comunitaria y la familiar, las relaciones con el mundo y con Dios.

Se trata de una bella historia cuya contemplación nos muestra el paso del Espíritu, con su vocación de unidad, juguetón y creativo, enriqueciendo a la humanidad y a la Iglesia, haciendo síntesis siempre superiores y más ricas.

## El Profetismo y el Martirio

También la historia de la Iglesia nos muestra abundantes y ricos ejemplos de este lugar compartido. El santoral universal está poblado por santos y mártires tanto religiosos como laicos, varones y mujeres. Los primeros mártires, Esteban, Pedro, Santiago, Cecilia, Águeda... eran laicos, más tarde tenemos obispos y presbíteros ordenados perseguidos y muertos por predicar el evangelio.

Pero basta hoy, para la finalidad de este artículo, contemplar la terriblemente extensa lista de mártires latinoamericanos sacrificados por llevar la Buena Noticia a los pobres. En el martirologio de nuestros pueblos empobrecidos y sufrientes, abundan tanto religiosos como laicos testigos de la fe, profetas en un mundo donde los «baales» de hoy quieren ocupar el lugar de Dios, donde los signos del Reino son abatidos como «peligrosos y desestabilizadores» para el sistema, o para los regímenes dictatoriales, o para los intereses de los poderosos.

Obispos mártires, catequistas mártires, sacerdotes mártires, ministros de la Palabra mártires, religiosos y religiosas mártires, catecúmenos mártires...

Con nombre y apellido algunos, con tumbas conocidas algunos, NN o anónimos muchísimos, muertes individuales muchas, asesinatos colectivos demasiados...

Nuestras tierras latinoamericanas y caribeñas han sido largamente bañadas y fecundadas por la sangre de incontables profetas, desde los lejanos tiempos de la colonia hasta nuestros días. Torturados y muertos impunemente por desconocidos en las tinieblas nocturnas, o a pleno día, por demasiado conocidos, pero igualmente impunes...

El profeta, sea religioso o laico, es siempre peligroso, por eso «hay que matarlo». No importa si es sacerdote jesuita o dominico, si la religiosa lleva hábito o no, si es catedrático/a universitario o si vive en una comunidad inserta, si es campesino, estudiante, obrero, educador, universitario, varón o mujer, joven o viejo... «es peligroso», «es peligrosa», «no conviene», «le llena la cabeza a la gente», «es socialista»... Bajo estos calificativos laicos y religiosos compartimos el cruento martirio.

#### Las decisiones

En los últimos tiempos, como en los primeros, hemos encontrado otro lugar común: la toma de decisiones, sea a nivel parroquial, diocesano, educativo, o en los múltiples servicios que brindamos como Iglesia.

Esto fue normal en la Iglesia primitiva donde la vida de la comunidad se decidía y realizaba con la sencillez de los grupos pequeños e incipientes. Luego las estructuras se hicieron más complejas y numerosas, y se dio el antes mencionado y conocido clericalismo, que poco a poco vamos superando.

Desde hace poco más de treinta años, si bien somos una comunidad compleja y numerosa, hemos dado valiosos y prometedores pasos en la toma de decisiones compartidas. No sólo el Concilio y los documentos latinoamericanos lo propiciaron, sino que la realidad lo fue exigiendo, en una sociedad democrática, o al menos con mucha sed de democracia y participación.

Pero es interesante en este punto señalar un fenómeno muy reciente: estamos ensayando el compartir los Capítulos Provinciales y hasta los Generales! Tradicionalmente el Capítulo es el órgano máximo de orientación y decisión de una Congregación o Instituto Religioso, de ahí que la presencia de laicos en Él sea un signo de los tiempos y un lugar teológico realmente significativo. Al menos esta es la percepción que tenemos los laicos, pero es justo decir que hemos escuchado la misma reflexión de parte de algunos religiosos.

«Están cambiando los tiempos, los tiempos están cambiando», dice una canción (me gusta utilizar canciones populares como reflejo de las afirmaciones, ilustran el paso de Dios por nuestra historia vivida y hecha poesía o canción). Y como cambian los tiempos, cambian los lugares que vamos compartiendo, y se multiplican significativamente, inspirados por el Espíritu, esos lugares.

#### Las pequeñas historias cotidianas

Dios acostumbra a revelarse en lo pequeño, en lo simple, en la brisa, en lo que no vale demasiado a los ojos del mundo. Esta es una característica de su revelación desde siempre, pero particularmente sellada en la Encarnación.

Si vemos con alegría cómo van creciendo y profundizándose los lugares compartidos por religiosos y laicos en la misión, el carisma, el martirio y las decisiones, no podemos sino gozarnos, como María en el Magnificat, de la acción de Dios en la pequeñez, en el reverso de la historia, en lo sencillo e inaparente de todos los días, donde precisamente allí se juega la fidelidad.

Sí, los laicos/as y los religiosos/as tenemos un territorio compartido por excelencia y es la pequeña historia cotidiana, los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias del hombre y de la mujer de hoy, parafraseando a Gadium et Spes.

La vida y la muerte cotidiana, la enfermedad y el envejecimiento, los temores y amenazas, el trabajo, el descanso y la fiesta, el hospital y la escuela, el barrio y los vecinos, las ilusiones simples y las grandes utopías, las luchas por la supervivencia y y/o por la justicia, el horror ante la vida amenazada a diario, el esfuerzo compartido por la humanización plena, con sus triunfos y fracasos cotidianos... La ciudad más o menos iluminada y más o menos contaminada, sus calles

del centro y sus periferias, los centros municipales, las comisiones barriales y las asociaciones diversas, el tiempo veloz, el nuevo milenio, las exigencias de la vida moderna y las valoraciones postmodernas... en todo esto estamos juntos, compartiendo lágrimas y sonrisas, compartiéndolas desde la fe común, desde la porfiada esperanza y desde el amor que no pasa.

#### **IV La Vida Religiosa hoy, ¿cuál es su identidad propia y dinámica?**

Hemos hecho abundante referencia a lo que compartimos laicos y religiosos, a lo que tenemos en común, pero en la Iglesia existen muchos varones y mujeres consagrados, son los religiosos y las religiosas sobre quienes dirigiremos a partir de ahora la mirada.

Lo hacemos en este tiempo que llamamos de «Refundación» o también de «Concilio» en sentido análogo, en el cual los religiosos quieren mirarse a sí mismos, volver a los orígenes de su fundación y a las motivaciones primeras, con el fin de revisar toda su Vida Religiosa para profundizarla y llevar a plenitud su entrega total a Dios y a su pueblo.

Lo hacemos como un aporte y con la fe de que la mirada del otro nos revela quiénes somos. Quisiéramos brindar una mirada sobre la Vida Consagrada en la cual pudieran ustedes, hermanos y hermanas religiosos, verse reflejados en su originalidad necesaria para la Iglesia, y quizá también interpelados a vivir una fidelidad mayor, signo para el mundo de la Fidelidad de Dios.

Parto del dato de la realidad: los religiosos existen, y de una valoración: es bueno que existan. Su presencia ha sido a lo largo de la historia un signo visible de Dios que no abandona la creación, ni se desdice de su voluntad salvífica, amorosa. Los orígenes de las Congregaciones suelen tener rasgos comunes que no son casuales, surgen en periodos de crisis sea religiosa, política o social. Surgen generalmente con rasgos proféticos, fruto de una locura para el mundo, suelen aparecer como empresas imposibles y escasas en recursos, pobres y débiles.

Precisamente allí donde cualquier proyecto meramente humano sin duda fracasaría, nos encontramos con la mano de Dios, su Providencia, y aquella locura humana se hace lugar teológico, lugar de la presencia y la locura divina, que es siempre una locura de amor por el hombre, especialmente por el hombre débil y desvalido.

Origen pobre, origen profético, origen loco, hasta podríamos decir que muchas Congregaciones Religiosas tuvieron un origen subversivo, social y eclesialmente, y que no fue fácil para muchas de ellas ser admitidas en el seno de la Iglesia y aceptadas sus reglas. Este tiempo será muy rico para cada familia religiosa si con sinceridad y ternura niña vuelve a sus orígenes fundacionales, y se abre al llamado fuerte y exigente de Dios y de la historia que en su momento experimentaron sus Fundadores y Fundadoras. Tiempo propicio para redescubrir la identidad, pero no como algo estático y definitivo, sino como identidad en permanente dinamismo propio de lo que está vivo.

Tiempo de opciones valientes, pues quizá algunos han seguido en la Vida Religiosa por inercia, y este es el momento de volver a comprometerse o de honestamente salir.

Lamentablemente no suele ser fácil la fidelidad al amor primero (reproche que le hace el Señor en el Apocalipsis a la comunidad de Efeso), no lo ha sido para los Institutos Religiosos. La comodidad, el poder, las pesadas estructuras, la adaptación, son tentaciones comunes que hacen difícil la transmisión a las generaciones siguientes del espíritu, la espiritualidad y la fidelidad original. Esto no sólo ocurre con las comunidades religiosas, nos sucede demasiado a menudo también en la vida laical, en el matrimonio, en la profesión, en la entrega continua a nuestros ideales primeros.

Pero vamos al hoy, y lo haremos comentando cómo vemos a los Religiosos y a las Religiosas en este cambio de milenio, luego de un año de Jubileo que ha propiciado este cuestionamiento llamado «Refundación».

### Actitud de búsqueda

El propio desafío de abrir un tiempo de «Concilio» muestra este rasgo de la Vida Religiosa hoy. Se nota una actitud abierta, capaz de auto percibirse y de exponerse a la mirada de los demás.

Si en un tiempo podíamos calificar de «vida tranquila» la que vivían los religiosos, sin duda este juicio no corresponde al tiempo presente. El presente es un tiempo de incertidumbres, de cuestionamientos, de continua búsqueda de nuevos estilos, nuevas experiencias, nuevos espacios... búsqueda del sentido de la vida religiosa, en definitiva.

Se trata de una actitud valiente, incómoda, plena de riesgo, no sólo para ellos, sino también para quienes se han acostumbrado y no quieren cambiar su imagen y definición de la Vida Religiosa, incluso para poder criticarla.

Yo admiro esta actitud de búsqueda sincera, que supone la capacidad no fácil de desinstalación para salir a la intemperie, pues se trata de una actitud claramente evangélica, Jesús no se instalaba, caminaba, siendo el mismo el camino!. Por eso a los primeros cristianos los llamaban «los del camino».

Ese título bien cuadraría, en este momento de la historia a los religiosos/as, pues dejando sus seguridades se han puesto a caminar buscando su propia identidad. Identidad perdida, quizá, en medio de grandes estructuras, que fueron respuesta a las necesidades de otros tiempos pero que hoy son una piel vieja que, al igual que la serpiente, deben abandonar para dejar nacer la nueva.

### Actitud de aprendizaje

Deriva del rasgo anterior, el buscador es alguien dispuesto a aprender, a aprender de sí mismo y de los demás y también con los demás.

Después de las puertas abiertas por el Concilio, fueron muchos los religiosos, más aún las religiosas, que se animaron a «desaprender» lo viejo. Desaprender todo aquello que había ocultado la esencia de la V.R. para lanzarse a nuevos aprendizajes, asumiendo el riesgo del fracaso, pero con el goce y el entusiasmo del descubrimiento.

Muchas de aquellas experiencias hoy también se revisan, pero queda la riqueza acumulada por quienes siempre están dispuestos a empezar, a aprender, a arriesgar por el Reino, por la fidelidad creativa al Dios de la Vida.

En este camino de aprendizaje podemos inscribir la inserción en medios populares, las experiencias de frontera, el involucrarse en nuevos espacios sociales y barriales, el vivir en pequeñas comunidades donde las relaciones son más personales y afectivas, los nuevos estilos de formación de los jóvenes aspirantes, novicios, seminaristas, etc.

También se inscribe en esta actitud de apertura al aprendizaje el compartir la misión, la conducción de las obras con los laicos, compartir también el carisma y espiritualidad de su congregación. Y finalmente el abrir incluso sus Capítulos a la participación de laicos y discutir con ellos, con nosotros, sus orientaciones.

### Autocríticos

Es otra característica que percibo fundamentalmente en los religiosos jóvenes y de mediana edad, no están conformes con muchas de las viejas tradiciones, sobre todo no están dispuestos a repetir indefinidamente estilos que ya no tienen vigencia, ni sentido en la cultura presente.

A la vez son críticos de la cultura, capaces de ver y denunciar los antivalores presentes en ella y que solapadamente van penetrando toda la sociedad, incluso la Vida Religiosa, por ejemplo el consumo, la permeabilidad a los medios de comunicación social, etc. Las comunidades se revisan a sí mismas y muchas veces con dureza atacan los vicios, las perezas, la falta de comunicación y ternura, el olvido de la sencillez y diversas fallas en la relación cotidiana.

Asimismo son críticos de sus obras y propiedades, y del modo de gestionarlas. Todo lo que suponía seguridades en la Vida Religiosa y que contrasta fuertemente con un mundo precario y frágil como el de América Latina, a merced de los poderosos de turno, constituye un elemento perturbador, cuestionador, y por ello resulta objetivo de crítica de los Religiosos.

Quizá uno de los primeros tópicos sujetos a la crítica, después del Concilio, ha sido la pastoral, la revisión de los contenidos, y en especial de la metodología, ha dado lugar a nuevas y ricas experiencias pastorales.

En síntesis los Religiosos emprendieron una fuerte crítica, y no por mero snobismo, a todas sus prácticas y a su vida misma, procurando desprenderse de todo aquello accesorio. La meta: ser signo vivo y transparente de la presencia de Dios para los pequeños.

Comprometidos, en fidelidad creativa

Los rasgos se van encadenando unos con otros, la actitud crítica y de búsqueda permanente ha llevado a los Religiosos de nuestro continente a una vida comprometida con el Evangelio, sin detenerse ante riesgos, peligros, y críticas. Estas no han faltado incluso de parte de la propia Iglesia, y en cuanto a los peligros ya mencionamos el martirologio compartido con los laicos.

Este compromiso evangélico se ha visto especialmente entre los religiosos intelectuales en una tarea de formación y de denuncia constante de la violencia institucionalizada en América Latina y el Caribe. Y, por otra parte, en la Vida Religiosa inserta en medios populares, los más sometidos a la injusticia, allí el compromiso consiste en vivir no sólo junto a los pobres, sino compartiendo en todo su suerte, trabajos, sufrimientos y esperanzas.

Este testimonio de vida comprometida con el Evangelio, así como la defensa de los Derechos Humanos en diversas Instituciones No Gubernamentales, en la Universidad, junto a hombres de buena voluntad, cristianos o no, hace creíble la Vida Religiosa en este tiempo.

El compromiso con la historia, con el reverso de la historia, con los leprosos de este tiempo, es una expresión de la fidelidad creativa de los Religiosos y Religiosas a su primer Fundador: Jesucristo, y a los fundadores de sus respectivas Congregaciones quienes asumieron, según el Espíritu les iba inspirando, un modo peculiar de vivir la Buena Noticia anunciada a los pobres.

Encarnados

Toda la inmensa misión de inculturar el Evangelio, de buscar serle fiel pero en las coordenadas y con el lenguaje propio del pueblo al que se anuncia, es una forma de encarnación, a semejanza del Verbo que se hace carne y pone su morada entre nosotros, de la Palabra que nos habla a escala humana.

Los religiosos /as después del Concilio redescubrieron, y se tomaron en serio, el Misterio de la Encarnación.

El Himno a la Encarnación que encontramos en Filipenses 2, describe maravillosamente ese abajamiento, kénosis, de Jesucristo desde la gloria del Padre, para, precisamente, glorificar al Padre. Análogamente hemos visto ese despojamiento en muchos religiosos de sus privilegios de otrora, para hacerse pobres junto a los pobres, esclavos junto a los esclavos, excluidos junto a los excluidos, y testificar así a Aquél que no retuvo para sí la dignidad de Dios.

La Encarnación significa además, y así lo hemos visto en los Religiosos/as, asumir los límites y las posibilidades históricas. Encarnación es precisamente no saltarse la historia y sus dificultades, sino embarrarse con ella para hacer resplandeciente la presencia de Dios e ir poco a poco construyendo ese Reino que, paradójicamente, nos será dado, pero no sin nuestro sudor humano.

Asumir los límites, asumir los medios imperfectos, asumir las decisiones difíciles y no siempre claras, asumir las chances de la historia también, eso es la encarnación que, siguiendo el ejemplo del Maestro, han hecho muchos en la Vida Religiosa.

Y, permítanme otra comparación con los laicos, nosotros no tenemos escapatoria a la encarnación, tenemos que asumir los vaivenes de la historia: el trabajo o la falta de Él, la situación económica y sus crisis, las democracias o las luchas por ella... En otros tiempos los Religiosos vivían, o podían vivir y de hecho muchos lo hicieron, bastante al margen de estos problemas, hoy, en cambio voluntariamente, los asumen, y esto es asumir la encarnación. Me congratulo por ello.

#### Nueva ascética

El ascetismo siempre ha sido un rasgo importante en la Vida Religiosa, cada Instituto lo integró a su Regla, a sus costumbres y por supuesto a su espiritualidad. Tal vez hoy los Religiosos no ayunen más que los laicos, y seguramente no se someten a castigos físicos para purificar el alma, pero no me cabe duda de su voluntad y su vida ascética, solo que de un modo distinto, y a mi juicio más valioso y significativo, con valor referencial en una sociedad fuertemente hedonista y presentista.

La nueva ascética consiste en vivir como la gente común, con un nivel y estilo de vida sencillo, acorde al medio en que se insertan, en una precariedad semejante (aunque evidentemente tienen una institución detrás que les impide una intemperie total), sin privilegios, etc. La nueva ascética también se vive hoy en el reconocimiento de los propios límites y hasta defectos y pecados, en el trabajo por superarlos sin obsesiones, pensando en la entrega a los demás más que en el mero perfeccionismo estoico, ajeno a la gracia.

Aceptar los propios sufrimientos, físicos, morales, espirituales, asumir la persecución injusta, y sufrir los dolores del pueblo, estar a su lado en los gozos y en las sombras, todo eso forma parte de la nueva ascética de la Vida Religiosa, que los laicos apreciamos y comprendemos mejor que otras formas de ascetismo atemporales.

La nueva ascética, adecuada y testimonial de estos tiempos, consiste en vivir voluntariamente en la frontera, en el umbral, en el desierto, como lo hemos leído en distintos artículos sobre la Refundación, escritos por religiosos y que compartimos plenamente.

#### Nueva espiritualidad

Es difícil hablar de una nueva ascética si no se inscribe en una espiritualidad que la contenga y la dote de sentido. Consideramos que la Vida Religiosa está en búsqueda y ensayos, más o menos avanzados, de una nueva espiritualidad. Una espiritualidad que no sea espiritualismo desencarnado, ni activismo alocado.

Esta espiritualidad consiste en transitar los caminos inseguros y peligrosos de Jesús, consiste en ser caminantes llenos de caridad y misericordia, pues por doquier encontramos malheridos necesitados de buenos samaritanos.

La nueva espiritualidad será una espiritualidad encarnada y de fidelidad en el día a día, en lo cotidiano e inaparente, pero dispuesta a dar la vida. Será pues una espiritualidad testimonial y abierta al martirio.

Espiritualidad contemplativa y activa a la vez, de profunda y cultivada oración, pero en camino y en entrega constante a los demás.

Una espiritualidad ecuménica, capaz de dialogar y compartir más que de disputar.

Una espiritualidad exigente y profética, pero también tierna y compasiva.

La nueva espiritualidad implica nuevas relaciones con Dios, con los hombres, con la naturaleza y con los objetos. Relación amorosa, libre y liberadora, cercana e independiente, que no somete ni se doblega ante ídolos, que cuida con ternura y deja ser, que confía y que es fiel.

La nueva espiritualidad permite concebir y vivir de modo nuevo los antiguos votos de la Vida Religiosa: el voto de la pobreza, que se vive hoy sin aspavientos pero auténticamente, eligiendo la sencillez, la austeridad y la inseguridad, y renunciando a toda forma de omnipotencia. Si la pobreza ha sido siempre una exigencia intuida por los Fundadores, hoy es un signo que hace creíble a la Iglesia.

También se vive de modo distinto y con sentido el voto de la castidad, con una mayor madurez afectiva, siendo los Religiosos/as de hoy capaces de relaciones profundas de amistad dentro y fuera de la comunidad religiosa, viviendo como mujeres y varones enteros, con una sexualidad oblativa y plena a la vez, realmente sublimada y no simplemente y mal reprimida. Aceptando y desarrollando el animus y el anima simultáneamente, y abriéndose a la maternidad y a la paternidad inherentes a la condición humana, que puede vivirse también de modo excelente en castidad.

El voto de obediencia, quizá el más difícil de comprender para los laicos, también se vive con una madurez diferente, en corresponsabilidad y comunión entre el Superior, o el Provincial y la comunidad, en busca del bien común y del mejor servicio al pueblo de Dios, y no como un ejercicio alienante de poder y sumisión.

## **V ¿Tiene sentido y vigencia esta opción hoy?**

Sí, respondemos con un sí rotundo a esta pregunta que muchos se hacen hoy.

La Vida Religiosa tiene el sentido testimonial, el valor del signo visible que muestra, y encubre a la vez, algo más grande e invisible de lo cual es reflejo y señal.

La Vida Religiosa es como un faro, indica, señala, auxilia para evitar pérdidas. Los religiosos y las religiosas, siendo varones y mujeres como los demás, son, sin embargo distintos por el llamado y la respuesta de entrega radical y total, sin divisiones, a la voluntad amorosa de Dios y al clamor incesante de un pueblo sufriente.

Una aclaración, por si acaso, los Religiosos no responden primariamente a una necesidad social, aunque la atiendan con diligencia por amor a quien «dio su vida para la salvación de muchos», sino a una vocación, semejante a la de los discípulos a quienes Jesús llamó «para estar con El».

Las comunidades religiosas son actualmente pequeñas y seguramente seguirán siéndolo, no impresionarán por su número y poder, sino por su testimonio de amor y compromiso evangélico. Si al verlos y al compartir la vida con ellos y ellas, podemos decir: «Miren como se aman!», no cabe duda que tiene vigencia esta opción.

Las comunidades religiosas, y las familias religiosas en general, tienen hoy vigencia en tanto que tienden al ideal de la primitiva comunidad cristiana descrita por Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

Comunidades de vida sencilla, donde se comparte todo y nadie padece carencias, comunidades solidarias y no competitivas, abiertas y no cerradas, muy cercanas a los laicos comprometidos y al pueblo en general, con opciones cada vez más radicalmente evangélicas.

La Vida Religiosa tiene vigencia plena en tanto que testigos privilegiados de la entrega y fidelidad de Dios: creación continua de lo nuevo, amor sin exclusiones y sin exclusividades, paciente espera, donación total, presencia discreta y respetuosa, animadora de toda iniciativa a favor de la vida, cuidado de la vida, especialmente de la amenazada, constancia y fidelidad en todo tiempo y lugar.

#### **VI ¿Cómo vivir la Vida Religiosa hoy, con fidelidad creativa?**

En función de mi experiencia de fe compartida en la Iglesia postconciliar junto a Religiosos y Religiosas, respondería a esta pregunta proponiendo crecer y profundizar en fidelidad a los rasgos expuestos en el punto IV.

Vivir la Vida Religiosa en actitud crítica, de búsqueda y de aprendizaje continuos, comprometidos con el Reino de Dios y su justicia, hoy y aquí en estas tierras que claman pan y paz, encarnados e inculturados cada día más, viviendo esa nueva ascética que responde a una nueva espiritualidad.

La fidelidad a Jesucristo en la Vida Religiosa se juega en el día a día, en el diálogo y en la comunión con los varones y mujeres que enriquece y dinamiza su espiritualidad encarnada y fecunda.

## VIDA RELIGIOSA

### ¿QUE SIGNIFICA SER MUJER DENTRO DE LA IGLESIA?

Lucrecia Aliaga, ssj

Es una conquista sin pausa, una afirmación de la diferencia porque en la Iglesia ser mujer aún significa ser «minoría siendo mayoría», ser «menor de edad» siendo mujeres adultas. Todos recordaremos el mensaje final del Concilio Vaticano II «ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga». (8 de diciembre de 1965) Y ciertamente la Vida Religiosa es la presencia más significativa de la Iglesia en muchos lugares y a veces es la única. Es una presencia cercana, cálida, apreciada por el pueblo, cuánta vida eclesial depende de las mujeres consagradas.

Pese al reconocimiento que la Iglesia ha hecho con respecto a la dignidad de la mujer a través de sus discursos, en la práctica aun queda mucho por hacer. En nombre de Dios se ha negado y ocultado el aporte específico de nuestro género en la comunidad eclesial, éste es uno de los grandes pecados de la Iglesia; el autoritarismo y el clericalismo han jugado un papel nefasto contra la mujer. La Iglesia debería pedir perdón porque a través de sus enseñanzas propició un sistema patriarcal de dominación masculina que nos alcanza hasta nuestros días. Tenemos derecho a participar en la vida de la Iglesia con voz propia y no como eco del varón, sobre todo en lo que atañe a la reflexión teológica y en las decisiones importantes de la vida de la Iglesia.

Las mujeres consagradas formamos parte de la gran colectividad de mujeres que luchan por su liberación. La nueva corriente de liberación y emancipación de la mujer pone en cuestionamiento la forma de ejercerse la autoridad dentro de nuestros institutos que no son otra cosa que la copia verticalista de los institutos masculinos. La Vida Religiosa femenina está llamada por su género a crear relaciones horizontales, participativas y creativas.

A pesar de todo las mujeres hemos crecido en la conciencia de la igualdad de género, pero no olvidemos que en esa lucha de la mujer consagrada por conquistar espacios en la Iglesia el varón tiene un papel importante, porque no apoyar las iniciativas de la mujer y su participación en igualdad de condiciones es construir una sociedad injusta. El machismo es una epidemia y un lastre que a todos nos deshumaniza y nos priva de crecer mutuamente en toda la plenitud y posibilidades de la persona humana.

Por eso al recordar a Juan XXIII y el impulso renovador que dio a la Iglesia y en especial a la Vida Religiosa no nos puede dejar impasibles ante un tema pendiente que nos compromete a todos: abrir las ventanas y las puertas de la Iglesia a la mujer.

Las mujeres tenemos que decir un NO rotundo a un modelo de convivencia basado en la superioridad y el sometimiento masculino que sólo engendra seres atrofiados, tenemos que decir NO al sistema de creencias de orden jerárquico que afirman y refuerzan la superioridad masculina sobre la mujer y lo femenino, NO a que clérigos, obispos o laicos asuman el control de nuestras vidas. Con valentía tenemos que desaprender mujeres y varones la visión machista de la vida.

Estamos urgidas a promover juntas y juntos, ustedes y nosotras, el análisis crítico de nuestros comportamientos, formas de relación, costumbres, de modo que podamos reconocer los engaños e injusticias existentes y comprometernos a trabajar todo lo que conlleve nuestras relaciones de género, de igualdad y equidad. Luchar por la igualdad de género es lograr la

construcción de una sociedad humanizada donde hombres y mujeres caminemos empeñados en construir y no en subordinar.

La Vida religiosa femenina lleva en sí el coraje para defender la vida, la justicia, los DDHH; ha sido la avanzada en la inserción e inculturación compartiendo la vida cotidiana de nuestros pueblos empobrecidos, ha sido y es promotora de la dignificación de la mujer en el campo y en la ciudad aún en épocas de terrorismo, porque ha orado como Judith «da a mi mano de mujer la fuerza necesaria para lo que he dispuesto, pues tu fuerza no está en la multitud ni tu poder en los valientes, sino que eres el Dios de los humildes, defensor de los pequeños, apoyo de los débiles».

La Iglesia tiene que mirar más a Jesucristo que acabó con todas las formas de discriminación contra la mujer. «Mujer levántate». El Concilio vaticano II fue un llamado a las fuentes. Volvamos a ellas y dejemos que el aire fresco de la vida de un hombre que cargó tanta ternura en su corazón nos abrace en la comunión de género.

## VENTANA ABIERTA

### TRÍPTICO A LA DERIVA

Angel Darío Carrero, ofm  
Teólogo de la CLAR

I.

Si llamas,  
deja una noche  
sobre la mesa desnuda.

Si llamas,  
no digas tu nombre  
al poeta que vive de buscarlo.

Si llamas,  
impregna con tu olor,  
lento y suave, mis hojas.

Y, si no llamas,  
no has visto estas torpes letras  
que escribo a la deriva  
enfermo y solo  
sobre una cama ajena.

II.

El agua  
se hace fuego  
y el fuego  
se hace calma:  
si amas.  
Si amas:  
Llama del agua.

III

No será lo mismo  
No será  
Ya sé que ese cielo es mar:  
Viene para irse.  
Ya no lloraré tu ausencia  
Ya no  
No será ya no:  
Si vuelves

Nota: este tríptico pertenece al poemario del autor Llama de agua (Prólogo de Luce López - Baralt), San Juan 2001, de próxima aparición.

## **CAMINOS DE ESCRITURA** **Equipo de José Mizzoti**

### **CAMINO, CASA, MESA, COMUNIDAD**

Equipo de **José Mizzoti**

Los amigos de la CLAR nos pidieron colaborar con algunos artículos sobre el conocido texto de Emaús, leído «desde la vida». Los laicos y las laicas, los religiosos y las religiosas que integramos el EQUIPO DE COORDINACIÓN DE LECTURA PASTORAL DE LA BIBLIA, en Perú, hemos ido desempolvando algunos trabajitos que teníamos por allí escondidos: de alguna manera, todos habíamos trabajado el texto, cada uno desde una óptica particular. Algo es harina de nuestro propio costal, otras cosas vienen de otras comunidades de América Latina que nosotros hemos ido «adoptando y adaptando».

#### **Presentación**

Comenzamos por una relectura del texto en forma teatral: una manera siempre actual de hacer llegar la Palabra a la vida. Después seguirán celebraciones y relecturas del texto desde diferentes perspectivas: laicos/as comprometidos/as, jóvenes religiosas en formación, mujeres, religiosos formadores, y, finalmente, campesinos/as.

(Toda la 1ª escena se desarrolla en la penumbra, como de madrugada. Las mujeres comienzan a conversar antes de entrar en la escena).

Juana: ¡María, despiértate! Ya es hora de ir. Ya terminamos de empaquetar los aromas que ayer preparamos. Con suerte, encontramos a los guardias durmiendo.

Magdalena: ¡Deprisa, vámonos! El gallo ya cantó. Dentro de poco ya amanece. Vamos a cumplir nuestro último servicio para con nuestro amigo y maestro.  
(Entran en la escena, mal alumbrada, apresuradas y cargando cestas).

María: Juana, algo extraño está sucediendo: la piedra del túmulo ha sido removida. ¿No habrán tocado el cuerpo de Jesús?  
(Dejan caer una cesta y todas se ponen a llorar, buscando el cuerpo).

Magdalena: Dios mío, ¿no bastó haberlo crucificado? ¿Qué más quieren hacer?

Juana: Que Dios tenga piedad...

Magdalena: Yo sólo quería poder tocarlo otra vez, perfumar sus llagas...  
(Dos focos de luces o dos linternas iluminan a dos hombres vestidos con ropa blanca o dorada. Las mujeres gritan y se abrazan, agachadas).

Hombre 1: ¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? Jesús no está aquí, Él resucitó.  
(Las mujeres se ponen de pie, todavía asustadas).

Hombre 2: Recuerden como les habló cuando estaba todavía en Galilea: «Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite».  
(Las 2 luces se apagan y las mujeres, menos María, corren hacia fuera).

María: ¡Esperen! ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde han puesto su cuerpo?

Magdalena: (regresando) - ¡Juana, Juana, espere! Es verdad. Él nos avisó que todo esto iba a suceder.

Juana: (regresando) ñ Pero Magdalena...

Magdalena: Escuchen, las dos: °...I ha resucitado!

María: Ay, Dios mío, es verdad... «Estaré con ustedes todos los días»... El lo prometió.

Juana: «Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado»... ¡Que Dios sea alabado!  
Vámonos deprisa: hay que avisar a los otros...  
(Salen corriendo en medio de la gente anunciando que Jesús resucitó).

Todas: (cantan) — «Resucitó, resucitó, resucito, aleluya»...  
(Las luces se encienden todas y una pareja triste camina en la escena. Se paran miran hacia las mujeres que siguen anunciando, mueven la cabeza negativamente y siguen caminando y conversando).

Cleofás: Hasta podría ser, pero veo muy difícil...

Susana: Ellas estaban muy allegadas a Él. Caminaron con Él desde Galilea. Pero no creo que puedan haber inventado una historia como esta.

Cleofás: De todos modos, que haya acontecido o no, ¿cómo van a ser las cosas de ahora en adelante? ¿Cómo vamos a continuar? Peor: ¿valdrá la pena continuar?

Susana: Yo también no estoy segura de nada, pero pienso que esto no puede ser el fin de todo. Cleofás, tú has escuchado las palabras de su propia boca; has mirado en sus ojos... No puede ser que todo termine en una cruz...  
(Jesús se acerca).

Cleofás: ¿Y que se puede esperar después de la cruz? Yo pensaba que estaba hablando en parábola, cuando decía que era necesario morir... Todo el mundo sabe que no es posible enfrentar a los poderosos de Jerusalén, así, abiertamente.

Susana: Varios profetas han probado este cáliz y han visto que el vino es amargo. Pero hay un momento en que ya nos es posible volver atrás...

Jesús: Disculpen la intromisión, pero los estaba escuchando hablar y no logré entender con claridad: ¿de qué están discutiendo mientras van por su camino?

Cleofás: ¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que pasó en Jerusalén en estos días?

Jesús: ¿Qué pasó?

Cleofás: Lo que pasó con Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, delante de Dios y delante de todo el pueblo...

Susana: Nuestros sumos sacerdotes y nuestros otros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron.

Cleofás: Nosotros esperábamos que sería El el que iba a liberar a Israel; pero, con todas estas cosas, ya pasaron tres días desde que todas estas cosas acontecieron. Es verdad que algunas mujeres, que son de los nuestros, nos asustaron...

Susana: (con un cierto entusiasmo) ñ Ellas fueron de madrugada al sepulcro y no encontraron el cuerpo. Regresaron diciendo que habían visto un aparición de ángeles, que decían que él vivía...

Cleofás: (sin convicción) - También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, ¡pero a Él no le vieron!

Jesús: ¡Ohi, que mensos! Pero ustedes son bien insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que los profetas anunciaron...

Cleofás: ¡Oye! ¿Qué es esto de mensos, insensatos y lentos?

Jesús: ¿No era necesario que el Cristo sufriera todo esto para entrar en su gloria? ¿Por si acaso, la conquista de la tierra prometida quedó disminuida porque Moisés no pudo entrar en ella? Muchos sacrificios significan vida.

Susana: Esto lo sé. Pero, ¿cómo es posible acostumbrarse a la muerte?

Jesús: No se trata de acostumbrarse a la muerte, sino de percibir la vida. Vean, observen a su alrededor: hay vida por todos lados. ¿Será que Jesús está muerto definitivamente? (Cleofás y Susana se miran y contemplan a su alrededor).

Jesús: ¿No recuerdan lo que dijo el profeta Isaías?

Cleofás: ¡Claro! En su primera predicación, Jesús ya interpretó esta profecía.

Jesús: «He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido, al que escogí con gusto...». «El Señor Yahvé me ha abierto los oídos y yo no me resistí ni me eché atrás. He ofrecido mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a quienes me tiraban la barba, y no oculté mi rostro ante las injurias y los escupos...». «Ahora llega para mi servidor la hora del éxito; será exaltado, y puesto en lo más alto...».

(Cleofás y Susana se van entusiasmando, se abrazan y acompañan atentos las palabras de Isaías: 42,1; 50,5-6; 52,13-15).

«Así como muchos quedaron espantados al verlo, pues estaba tan desfigurado, que ya no parecía un ser humano, así también todas las naciones se asombrarán, y los reyes quedarán sin palabras al ver lo sucedido, pues verán lo que no se les había contado y descubrirán cosas que nunca se habían oído...».

Cleofás: «Ahora llega para mi servidor la hora del éxito...».

Jesús: ¿Ustedes nunca rezaron el salmo: «A ti, Señor, me acojo»? ¿Por qué no lo buscan en su Biblia?...

(Cleofás, Susana y Jesús buscan el SALMO 31 en sus Biblias, invitando a todos los presentes a hacer lo mismo. Después, rezan juntos y con toda la asamblea los versículos de 1 hasta 6).

TODOS: «A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado:

°t' que eres justo, ponme a salvo!

Inclina tu oído hacia mí, date prisa en libramme.

Sé para mí una roca de refugio, el recinto amurallado que me salve.

Porque t' eres mi roca y mi fortaleza;

por tu nombre me guías y diriges.

Sácame de la red que me han tendido, porque eres t' mi refugio.

En tus manos encomiendo mi espíritu,

y t', Señor, Dios fiel, me librarás".

Susana: (llorando) - «Padre, en tus manos entrego mi espíritu»...

Jesús: No llores, mujer.

Cleofás: Joven, nosotros ya estamos llegando a nuestra casa..

Jesús: ¡Ah, qué bueno!. Yo tengo todavía un largo camino por delante. ¡Hasta otra oportunidad!...

Susana: ¡Quédate con nosotros, porque ya es tarde!...

Cleofás: Ya casi es de noche... Descansa en nuestra casa. Mañana sigues con tu camino.

Jesús: ¿Por qué no? Muchas gracias. Acepto con gusto.  
(Los tres se ubican detrás de una tela transparente tendida en un lugar apropiado. Todas las luces se apagan y se enciende un único faro de luz detrás de ellos. Esta escena final será hecha con un fondo musical y con el llamado «teatro de sombras»: gestos proyectados en la tela).

Susana: Vengan, vamos a comer algo...  
(Jesús toma posición al centro. Susana le entrega un pan. Jesús hace silenciosamente los gestos de la consagración: bendice, levanta, parte, reparte... Susana y Cleofás levantan los pedazos de pan que recibieron, se levantan como para acercarse a Jesús. Jesús se agacha y sale de la escena. Desde el medio de la asamblea, las tres mujeres de la escena inicial retoman el mismo canto «Resucitó, resucitó, resucitó, aleluya», invitando a todos a acompañarlas. Susana y Cleofás salen detrás de la tela y distribuyen a todos el pan, la fruta y todo el resto que ha sido traído por los participantes. Las tres mujeres y otros pueden ayudar en la repartición. Por mientras, mientras sigue el canto y la repartición, Cleofás y Susana van proclamando:)

Susana y Cleofás: - ¡ Él entró para quedar con nosotros!  
¡Nuestros ojos se abrieron!  
¡Mi corazón ardía cuando Él hablaba por el camino!  
Crean, es verdad: ¡El Señor resucitó!  
¡Lo hemos reconocido al partir el pan!  
(Dejar el tiempo para que todos puedan comer con calma y conversar).

Lc. 5, 1-11.

Jn. 4.

Ver mi reflexión sobre postmodernidad: tiempo del Espíritu en «Los Huéspedes de Mambré», CEP, Lima 2001.

Mt. 5, 46-48.

Rm. 2, 12-29

1Cor. 1, 11-13.

Jn. 4, 21-24.

Ver nuestro libro: Refundación, contribución a una teología de la Vida Religiosa de cara al tercer milenio, CLAR, Bogotá, 2000.

Idem.

Hch 10; Mc. 7, 24-30.; MT 8, 5-22

Jn. 12, 8.

1 P 3, 15.